



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Universidad de la República

Facultad de Psicología

EL DUELO POR LA PÉRDIDA DE UN SER QUERIDO CUANDO SE HA EMIGRADO.

TRABAJO DE FINAL DE GRADO.

MONOGRAFIA

Autor: Alejandra Osano. CI: 1938723-7

Tutor: As. Verónica Pérez Horvath

Revisor: Prof. Adjunta. Gabriela Bruno

Montevideo. Uruguay. Noviembre 2020

Agradecimientos

En memoria de mi abuela Telésfora...

A mi madre, pilar en mi vida

A mi padre que ya no esta

A Claudio mi compañero de vida por apoyarme en todo el proceso

A Jorge por siempre estar

A mi familia y amigos

A mis profesores y compañeros

A mi tutora que me guio con suma paciencia, por su apoyo y los conocimientos
brindados

¡Gracias!

Índice

Resumen	1
Introducción.....	2
Capítulo I.....	5
1.1 La Teoría del duelo en la obra de Sigmund Freud: Duelo y Melancolía (1917).....	5
1.2 <i>Melanie Klein y su postura sobre el duelo</i>	10
1.3 Allouch: crítica a Duelo y Melancolía.....	2
1.4 Otra visión contemporánea del duelo: Tizón.....	13
Capítulo II.....	15
2.1 La concepción de la muerte y sus cambios a lo largo de la historia.....	15
2.2 La importancia de los ritos funerarios en el proceso psíquico del duelo.....	19
Capítulo III.....	22
3.1 Duelos Migratorios.....	22
3.2 Trauma una conceptualización desde el psicoanálisis.....	25
3.3 La migración como proceso traumático.....	28
3.4 Moty Benyakar y su conceptualización de trauma.....	30
3.5 Duelo y trauma:.....	32
Consideraciones finales.....	36
Referencias bibliográficas.....	40

Resumen

La elaboración de esta monografía es realizada a partir de una revisión bibliográfica sobre el concepto de duelo desde la mirada psicoanalítica y su articulación con el fenómeno migratorio. Consiste en un recorrido por el desarrollo teórico de autores clásicos y contemporáneos que hicieron relevantes aportes para el psicoanálisis sobre el concepto de duelo. Se parte de los primeros trabajos de Sigmund Freud con respecto al tema y para continuar se toman las posturas de Allouch, Klein y Tizón, lo que permite una articulación de la bibliografía que es esencial para la comprensión del tema aquí expuesto. En el segundo capítulo se hace referencia a la relevancia de los factores sociales y culturales que se dan en torno a la muerte y los procesos de duelo donde para abordar este aspecto en particular se recurre al trabajo teórico de dos autores, P. Aries y M. Elena Elmiger respectivamente. En otro apartado de este capítulo se hace referencia a los duelos migratorios basado en el trabajo de Joseba Achotegui. En el último capítulo se abordará la migración como experiencia traumática y su articulación con el duelo de la mano de los autores Grinberg y Grinberg y Moty Benyakar. Se pretende lograr aportes, que puedan servir para futuras producciones teóricas relacionadas con el duelo en procesos migratorios para el campo del psicoanálisis clínico.

Palabras claves: duelo, trauma, procesos migratorios

Introducción

El presente trabajo, contextualizado dentro del marco de Trabajo Final de Grado de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, es realizado en carácter de monografía y surge de la necesidad de pensar el duelo desencadenado como consecuencia de la pérdida de un ser querido en personas que han emigrado y que por distintos motivos se encuentran lejos de su lugar de origen; un duelo que estará marcado por la distancia y todo lo que ello conlleva. La literatura que trata sobre los procesos migratorios nos permite saber que si bien hay distintos tipos de migraciones motivadas por diferentes razones, las personas que emigran ya sea que realicen estos movimientos forzados por situaciones ajenas a su voluntad o por decisión propia y en el mejor de los escenarios, todas ellas atravesarán un proceso que comportará en mayor o menor medida una crisis que dejará efectos psico afectivos profundos y duraderos en las mismas, aunque es necesario asentar que en este trabajo se hará referencia específicamente a migrantes que han decidido abandonar su lugar de origen por voluntad propia independientemente del motivo.

Grinberg y Grinberg (1984) sostienen que el inmigrante se enfrenta de forma masiva a experiencias de desarraigo y pérdidas que están relacionadas con todo lo que deja atrás, familia, amigos, su tierra, cultura y con ellas nace una incertidumbre que se genera por el hecho que no es posible saber si todas estas cosas podrán ser recuperadas en algún momento. Así mismo surge el miedo a que su identidad se desvanezca también como si de un efecto colateral se tratase, ya que la misma se ha forjado y se ha sostenido en el tiempo sobre estos pilares que ahora ya no están, al menos no de la misma forma. En palabras de Grinberg y Grinberg (1984) “Como consecuencia toda la estructura psíquica se ve afectada y las pérdidas no solo se limitan a objetos de amor sino a aspectos yoicos que se verán afectados” (p.4).

Si en este periodo de tiempo donde se suceden esta serie de cambios tan drásticos y que ya son duelos en sí mismos se le agrega un dolor tan extremo y abrupto como lo es la pérdida de un ser querido, ¿Cómo se procesará en ese caso el trabajo de duelo?

En el presente trabajo se intenta reflexionar sobre las particularidades del duelo desencadenado por la pérdida de un ser querido en sujetos que han emigrado y cuestionarnos si este factor podría complejizar en algunos sujetos la elaboración del mismo y de ser así cómo y en qué medida.

Si bien la muerte es un hecho universal al que tarde o temprano todos nos enfrentamos, ante la muerte de un ser querido no hay una reacción igual a otra, es una instancia que cada persona vivirá de forma distinta, ya que es un proceso subjetivo donde las características psicológicas previas, la personalidad de cada sujeto, los recursos psicológicos con los que cuente y como pueda utilizarlos van a determinar cómo se lleve a cabo el duelo, surgen entonces preguntas:

¿Es posible que esta muerte quede amalgamada junto con las otras pérdidas que la persona está vivenciando a consecuencia de la inmigración, pasando en cierta forma indiscriminada como una pérdida más, amortiguando así el impacto psíquico? O por el contrario ¿este acontecimiento sumado a las pérdidas ya mencionadas podría llegar a complicar el proceso de este duelo en particular o el de ambos procesos en forma simultánea? Esto nos lleva a pensar y cuestionarnos si en estos casos es posible transitar y resolver el duelo o por el contrario será un duelo que se prolongue en el tiempo dadas las circunstancias.

La monografía está organizada en tres capítulos. En el primer capítulo en una línea psicoanalítica se delimita el concepto de duelo, siguiendo el postulado de Sigmund Freud a partir de la lectura de *Duelo y Melancolía (1914)*. Seguidamente se presentan los aportes de otros autores como M. Klein, J. Allouch y Tizón, donde se plantean concordancias y discrepancias a lo postulado por Freud.

En el segundo capítulo se brinda una perspectiva socio histórico y cultural de la muerte y el duelo siguiendo el trabajo del historiador P. Aries y la importancia de los ritos en los procesos de duelo desde la perspectiva de Walter Cortazzo.

En el último capítulo se hace referencia a los duelos migratorios desde el trabajo del Dr. en psiquiatría Joseba Achotegui en su libro *Síndrome de Ulises* donde trata específicamente lo que él denomina los duelos migratorios. Posteriormente se delimita el concepto de trauma desde el psicoanálisis siguiendo los postulados de Sigmund Freud. Para intentar dar respuesta a una de las preguntas que surgen al realizar este trabajo donde se plantea la posibilidad de darle a la migración el tratamiento de proceso traumático, se hace referencia al trabajo de León y Rebeca Grinberg (1982) en *Psicoanálisis de la migración y del exilio*.

Por último, se toman los aportes del psicoanalista, psicólogo y médico psiquiatra Moty Benyakar (2012); gran estudioso de lo traumático y sus vicisitudes en la clínica; en su desarrollo teórico el autor se cuestiona si lo traumático es el fenómeno en sí mismo o si lo traumático depende de la forma en que cada individuo lo experimenta.

Fundamentación

El interés por abordar esta temática surge de mi historia familiar y vivencia personal. Desde siempre la historia de mi familia remite a migración, nostalgia, recuerdos y duelos a la distancia. La migración y los duelos han sido parte de mi historia familiar. Los desencuentros, la tristeza, la nostalgia, las amargas despedidas. A la hora de expresar cómo habían vivenciado todos estos acontecimientos, he oído de boca de todos ellos a lo largo de los años frases como: “es un duelo eterno”, “detesto las despedidas”, “mi vida ha sido una eterna despedida”, “nunca se vuelve a ser el mismo”, “tengo el corazón dividido”, “no soy de aquí ni tampoco de allí”. La sensación de que han estado siempre divididos en sus afectos y sus lugares, ha sido una constante, estando aquí extrañaban su lugar de origen, su tierra natal, estando allí echaban de menos el lugar que los acogió, donde tantos años habían vivido.

Lo cierto es que la migración comporta múltiples cambios y pérdidas, algunos drásticos, diversos duelos de distinta índole y si bien es cierto que dependerá de la historia particular de cada sujeto, de la subjetividad que subyace en ella y de los recursos con los que este cuente para hacer frente a esas nuevas circunstancias que en definitiva es lo que determinara como van a vivenciar esas experiencias, no podemos desconocer que es un proceso sumamente movilizador.

La idea al tratar este tema es reflexionar sobre la forma en que se aborda en la clínica el tema de la migración y el duelo cuando convergen en el tiempo, los efectos que pueden desencadenarse a raíz de un proceso migratorio, la forma en que se dimensionan las consecuencias que de ella se desprenden y en una situación más extraordinaria como es la pérdida de un ser querido a la distancia cuando se está en condición de migrante, donde será necesario tener la precaución de tomar en cuenta todas las variables y vicisitudes que puede adoptar el duelo, no solo atendiendo los síntomas sino también los procesos que operan en paralelo a causa de dos acontecimientos significativos

Capítulo I

Si bien muchos autores han trabajado el concepto de duelo con una perspectiva psicoanalítica, en la presente monografía se tomará la obra de Freud como eje conductor, y se servirá de los aportes teóricos de Klein, Allouch y Tizón para una perspectiva más actualizada.

1.1 La Teoría del duelo en la obra de Sigmund Freud: Duelo y Melancolía (1917)

Freud en su obra titulada *Duelo y Melancolía* (1917/2013), abordara el tema de la melancolía a través del duelo; haciendo una comparación entre ambos conceptos, donde afirma que comparten el mismo desencadenante, la pérdida de un ser querido, de un objeto amado o de una abstracción. Freud va a decir que “El duelo es por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.”. (Freud, 1917/2013, p.241).

De acuerdo con esta concepción se entiende el duelo no solo vinculado a la muerte de un ser querido sino a toda aquella pérdida que implique una vinculación afectiva. Continúa diciendo Freud:

(...) a pesar de que el duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta normal en la vida, nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni remitirlo al médico para su tratamiento. Confiamos en que pasado cierto tiempo se lo superara, y juzgamos inoportuno y aun dañino perturbarlo. (Freud, 1917/2013, p.241, 242)

Freud se va cuestionar sobre los mecanismos que se ponen en juego en el trabajo de duelo. El trabajo de duelo representa para el sujeto un gasto importante de energía psíquica, así como tiempo para poder elaborar la falta, pero es algo necesario para poder sobrevivir a ella. El autor va a decir que en la medida que el sujeto experimente la realidad de la falta; el hecho de que el objeto amado ya no está y de que esa pérdida es irreparable, sobrevendrá el trabajo del duelo que conllevará el desinvestimiento de las diversas representaciones que estaban ligadas al objeto amado; ahora perdido. Este objeto amado

que ya no existe y que fue cargado libidinalmente requerirá que se retire toda la libido ligada a él, en un proceso que será lento debido a la previsible resistencia que se hará presente. Así al acabar este proceso, el yo está de nuevo desinhibido y libre para poner esta energía en un nuevo objeto.

Para comprender la teoría del duelo que desarrolla Freud en su texto *Duelo y Melancolía (1917/2013)*, es necesario echar luz sobre algunos conceptos postulados por el autor y a los que hace alusión en el mismo, de manera tal que, de la forma más concisa, clara y ordenada posible, se hará mención a algunos de los aspectos más relevantes de cada uno de ellos, en un intento de facilitar la vinculación y comprensión de los mismos con el texto antes mencionado.

La teoría de la libido desarrollada por Freud ha evolucionado a lo largo de la obra del autor junto con la teoría de las pulsiones. Para Freud (1905/2013) la libido es la energía de la pulsión sexual; la manifestación dinámica de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto, es decir los desplazamientos de las investiduras y sostiene que es ante todo un concepto cuantitativo ya que todas las variaciones que esta energía manifieste, ya sea su disminución, aumento, desplazamiento o tensión le ayudan a comprender y explicar cómo operan los procesos psicosexuales.

Recordemos el significado de la palabra pulsión en el pensamiento freudiano. En *Pulsiones y destinos de pulsiones (1915/2013)* el autor ofrece esta designación:

(...) la pulsión aparece, nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {Repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal ((Freud, 1915/2013, p.117).

La fuente de la pulsión está dada por una determinada excitación corporal o estado de tensión siendo su fin suprimir esa tensión y será gracias al objeto que la pulsión pueda conseguirlo. Como vimos la pulsión sexual se sitúa entre lo psíquico y lo somático; la libido en cambio, denota su aspecto psíquico, es energía sexual psíquica. Freud (1905/2013) habla de dos clases de libido, designadas de la siguiente forma: la libido objetal (dirigida a un otro) y la libido yoica o narcisista (dirigida al yo), es decir que la libido puede catectizarse tanto en el yo como en un objeto exterior. En todo sujeto existen los dos tipos de libido, habiendo un equilibrio energético entre ambas, donde el aumento de una implica necesariamente la disminución de la otra.

Por otro lado, es menester hacer mención a la teoría del narcisismo desarrollada en la obra freudiana, dada la alusión que hace el autor con respecto a la manifestación de los aspectos narcisistas en los procesos de duelo por objetos amados. El manejo del concepto

de narcisismo en el pensamiento freudiano es previo al texto que le da su nombre *Introducción al narcisismo (1915/2013)*, donde Freud dará cuenta de cómo se distribuye la libido entre el yo y los objetos y como el narcisismo forma parte de la constitución psíquica del sujeto.

El término narcisismo es tomado de la descripción clínica que hizo P. Nacke (citado en Freud, 1915/2013) en la cual designaba con él, la conducta con la cual un individuo da a su cuerpo un trato semejante al que le da a un objeto sexual mediante el cual obtiene plena satisfacción.

El narcisismo cobraba en ese entonces la categoría de una perversión que acapara toda la vida sexual de una persona. Esta noción más adelante se modificará para afirmar que el narcisismo no es una perversión en sí misma, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación.

En 1911 el descubrimiento del narcisismo condujo a Freud a establecer (en el Caso Schreber) la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal donde el sujeto comienza tomándose a sí mismo, como objeto de amor, permitiendo así una primera unificación de las pulsiones sexuales.

En 1914, en el texto *Introducción al narcisismo*, Freud introduce el concepto de narcisismo considerando particularmente las investiduras libidinales. Haciendo mención a una forma de principio de conservación de la energía libidinal, el autor va a decir que hay un equilibrio entre la “libido yoica” (catectizada en el yo) y la “libido objetal”: en tanto aumenta una disminuye la otra. Continúa diciendo que el yo deberá tomarse como una especie de almacenaje de la libido de dónde ésta será tomada y enviada hacia los objetos; pero que además el yo siempre estará dispuesto a absorber la libido que retorne de estos.

Podemos decir entonces que valiéndose de la patología o partiendo de ella, Freud consigue vislumbrar cual es el estado originario de la libido. Freud indagara sobre cuál es el destino de la libido retirada de los objetos, basándose en la observación de enfermos parafrénicos, los que, a su parecer, ofrecen la mejor respuesta a su interrogante, además se servirá de ello para dar cuenta de cómo estas observaciones y sus correspondientes análisis lo fueron orientando hacia la teoría del narcisismo.

Freud (1914/2013) alude al estudio de enfermos parafrénicos para intentar explicar que sucede con la libido en estos casos y como se conduce al narcisismo. Estos enfermos muestran dos rasgos principales, el delirio de grandeza y el retiro de la libido de los objetos. Freud (1914/2013) postula, tomando como ejemplo el delirio de grandeza, (típico de los estados esquizofrénicos), un estado original del yo, en el cual éste es investido totalmente por la libido que fue previamente retirada del mundo exterior; ponía de manifiesto una

omnipotencia absoluta de sus pensamientos. Ese estado de omnipotencia daría lugar a la conducta que él va a llamar narcisismo.

Freud (1914/2013) va a designar dos tipos de narcisismo: narcisismo primario y narcisismo secundario. El autor sostiene que el narcisismo primario es como un estado precoz, una libidinización primaria del yo, donde el niño va a catectizar toda su libido sobre sí mismo; es decir, se toma a sí mismo como objeto de amor previo a la elección de objetos externos correspondiéndose así con la creencia que el niño tiene de su pensamiento omnipotente.

Sostiene el autor que la elección de objetos del mundo externo sobrevendrá con el consecuente desarrollo del yo. Nombrará como narcisismo secundario a ese estado formado sobre la base del narcisismo primario que aparece para reintroducir las investiduras de objeto, es decir, designa una vuelta sobre el yo de la libido retirada de sus investiduras objetales.

Es pertinente destacar algunos aspectos en relación al concepto de elección de objeto postulado por Freud (1914/2013), ya que será también de ayuda para poder entender y vincular los conceptos con la teoría del duelo desarrollada por el autor como se mencionó anteriormente. Freud va a introducir en 1905 en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* el término elección de objeto (Freud, 1905/2013).

Es importante aclarar que la palabra “objeto” es tomada por el autor en su obra como objeto de amor; así mismo con respecto a la palabra “elección”, se debe especificar que la misma no ha de ser tomada en tanto opción escogida entre varias, sino como el acto de elegir a un tipo de persona como objeto de amor. Para Freud hay dos tipos de objeto; de apuntalamiento o anaclítica y la narcisista. Para la primera el autor ofrece esta denominación: “(...) las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son sobre todo la madre o su sustituto” (Freud, 1914/2013, p.84).

Para Freud (1917/2013) el trabajo de duelo se logra, en gran parte gracias al mecanismo de la identificación, donde se incorpora al menos una parte del objeto perdido. El concepto de identificación, si bien no es un concepto preciso, ni está claramente delimitado, más bien todo lo contrario; ya que se ha prestado a varias interpretaciones por parte de distintos autores, dando con ello lugar a algunas confusiones a la hora de ser interpretado en un texto; es un concepto pilar a la hora de comprender la organización del aparato psíquico. .

La noción de identificación, en la teoría freudiana, toma relevancia de forma paulatina donde finalmente pasará a ser para el autor uno de los mecanismos esenciales de los que se servirá para dar cuenta de cómo el sujeto se constituye como tal. La identificación en la

obra de Freud es tomada como un proceso de cambio que se da en el aparato psíquico, siendo más bien una apropiación que una imitación teniendo lugar dicha operación en el campo del inconsciente. El autor utilizará este concepto para explicar la formación de síntomas además de como herramienta para la interpretación. (Freud 1921/2013).

Si bien Freud fue modificando y precisando el concepto de identificación a lo largo de su obra, podemos encontrar la exposición más detallada y ordenada si se quiere que intentó dar el autor sobre el concepto de identificación en el capítulo VII de *Psicología de las Masas y Análisis del Yo (1921/2013)*, donde la define en sus palabras, “como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (1921/2013, p.99).

En este capítulo Freud va a especificar tres tipos de identificación: la primera sería, la forma original de vínculo con un objeto y será la base para las consiguientes identificaciones; es la identificación con el padre; ésta tiene suma importancia en la prehistoria del complejo de Edipo donde prepara el terreno para el desarrollo del mismo, una segunda que sería un tipo de identificación mediante la cual se sustituye a una ligazón libidinosa de objeto por la vía regresiva, introyectando al objeto en el yo y una tercera que sería la identificación sin previa ligazón erótica.

En el primer tipo de identificación el autor señala lo importante que es este concepto en la prehistoria del complejo de Edipo y detallara cómo de forma temprana se despierta en el niño un marcado interés y admiración por la figura de su padre con quien se va a sentir identificado y a quien va a tomar como modelo a imitar y seguir, intentando ser como él. Se dará de forma contemporánea a esta identificación (a veces antes), una investidura sexual de objeto que va a recaer sobre su madre. Estos dos sentimientos infantiles van a coexistir sin perjuicio uno del otro por un tiempo, para luego dar lugar al comienzo del complejo de Edipo. El niño notara que su madre, su elección de objeto de amor, es también objeto de deseo para su padre, motivo por el cual la identificación que el niño siente por él; el sentimiento de admiración; que tiene para con él, mudará ahora en sentimientos hostiles. Va a decir Freud:

Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de ternura o hacia el deseo de eliminación. Se comporta como un retoño de la primera fase oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal. (Freud 1921/2013, p.99).

En la segunda forma que nos describe, Freud (1921/2013) afirma que la identificación se da por vía regresiva mediante introyección del objeto en el yo; es decir por la identificación con un rasgo de la persona objeto. El autor escribe sobre un tercer modo posible de identificación que estará dada sin previa ligazón erótica. Freud (1921/2013) va a decir que en este tipo de identificación esta no necesita establecer contacto con la persona que es

tomada como modelo; la identificación puede surgir con una nueva percepción de una cualidad común compartida con otra persona que no es un objeto de deseo sexual.

En el duelo normal el yo es capaz de identificarse parcialmente con el objeto perdido posibilitando la sustitución por otro siendo la pulsión de vida la que impulsa la búsqueda de nuevos objetos, por el contrario, en la melancolía el objeto perdido incorporado mediante la identificación queda sometido a la pulsión de muerte que prohíbe que se siga adelante con el trabajo de duelo, dando una identificación narcisista con el objeto perdido.

Habiendo presentado brevemente estos conceptos medulares de la obra freudiana y retomando el texto *Duelo y Melancolía*, Freud (1917/2013) va a decir que en los procesos de duelo:

Lo normal es que prevalezca el acatamiento de la realidad. Pero la orden que esta impone no puede cumplirse enseguida. Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía de investidura y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anuda al objeto son clausurados, sobreinvertidos y en ellos se consume el desasimiento de la libido. (Freud, 1917/2013, p.242, 243).

En los procesos de duelo manifestados de forma patológica como en la melancolía el sujeto también está ligado libidinalmente a un objeto, y es partir de una separación, de una pérdida, o un alejamiento de ese objeto amado que ese lazo o vínculo ya no está, se rompe. El duelo y la melancolía comparten la mayoría de sus características, excepto una, que sólo se muestra en la melancolía y que la va a diferenciar del duelo y es la perturbación del sentimiento de sí. La melancolía se caracteriza por la falta de interés por todo lo que ocurre a su alrededor en el mundo exterior, un sentimiento generalizado de tristeza, dolor, padecimiento, una reducción de la productividad y todo esto va acompañado de un gran empobrecimiento del yo. En la melancolía; la libido que estaba ligada al objeto de amor, no se consigue desplazar hacia un nuevo objeto de amor que sustituya el anterior, sino que se vuelve hacia el propio yo, generando una identificación del yo con el objeto perdido, lo que implicaría que la pérdida de ese objeto signifique también una pérdida en el yo, se pierde una parte de sí.

Freud (1917/2013) afirma que esto estaría dado porque debió existir una fuerte fijación en ese objeto de amor; pero por otra parte y de forma contradictoria a ello, habría una débil resistencia de la investidura de objeto, de lo que infiere que la elección de objeto, es hecha en una base narcisista; convirtiéndose entonces la identificación narcisista con el objeto en el sustituto de la investidura de amor. La melancolía se vale en parte de características del duelo y en parte de la regresión desde la elección narcisista de objeto hasta el narcisismo, tomando gran relevancia la ambivalencia de los vínculos de amor.

Aportes y consideraciones de otros autores al concepto psicoanalítico de duelo

1.2 Melanie Klein y su postura sobre el duelo:

Melanie Klein (1940) en concordancia con Freud afirma que es el juicio de realidad lo que permitirá elaborar el proceso de duelo, ya que, frente a cada pérdida, frente a cada evocación y rememoración del objeto perdido, es la realidad la que se anuncia mostrando que el objeto ya no existe. Es entonces cuando el sujeto bajo la influencia de sus características más narcisistas, recurre a la satisfacción de mantenerse con vida retirando la libido depositada en el objeto perdido, es lo que Freud (1917) llama satisfacción narcisista y es lo que en su obra la autora denominara como el elemento de triunfo sobre el objeto perdido. Klein introducirá interesantes aportes con referencia a este tema y profundizará la teorización del concepto de duelo del autor estableciendo un cierto paralelismo entre los estados mentales tempranos que atraviesa el niño y el duelo normal de los adultos, afirmando que la forma en que se transite por esos procesos tempranos durante la infancia condicionara la elaboración del duelo en la adultez del sujeto ya que son estos pequeños duelos que se reviven posteriormente.

Klein hará hincapié en sus postulaciones referidas a la posición depresiva y maníaco-depresiva que transitan los niños para elaborar sus pérdidas, para fundamentar su afirmación de que tanto en el duelo normal como en el patológico se reactiva dicha posición. Vale recordar que el comienzo de la posición depresiva infantil se da durante la transición por parte del niño hacia el destete. Klein (1940):

Dije que el niño experimenta sentimientos depresivos que llegan a su culminación antes, durante y después del destete. Este es un estado mental en el niño que denomino "posición depresiva" y sugiero que es una melancolía en statu nascendi. El objeto del duelo es el pecho de la madre y todo lo que el pecho y la leche ha llegado a ser en la mente del niño: amor, bondad, seguridad. El niño siente que ha perdido todo esto y que esta pérdida es el resultado de su incontrolable voracidad y de sus propias fantasías e impulsos destructivos contra el pecho de la madre. Otros dolores en relación a esta pérdida inminente (en este momento ambos padres) surgen de la situación edípica que se instala tan tempranamente y que esta tan íntimamente relacionada con las frustraciones del pecho que en sus comienzos está dominada por impulsos y temores orales. El círculo de los objetos amados que son atacados en fantasía y cuya pérdida por lo tanto se teme, se amplía debido a la relación ambivalente del niño con sus hermanos y hermanas. La agresión fantaseada contra hermanos y hermanas a los que se ataca en el interior del cuerpo de la madre hace también surgir sentimientos de culpa y pérdida. El dolor y la preocupación por la pérdida temida de los "objetos buenos", es decir, la posición depresiva, es según mi experiencia, la fuente más profunda de los conflictos dolorosos en la situación edípica, así como en las relaciones del niño con su medio ambiente en general. (Klein, 1940, p. 347).

En el desarrollo normal, el niño logra vencer estos sentimientos, de dolor y pérdida a través del proceso de internalización de los objetos que conforman su mundo interno. El niño va construyendo en su mente inconsciente un mundo interno que se corresponde con las experiencias reales y a las experiencias del mundo exterior, que es a su vez modificado por sus propios impulsos y fantasías. En la mente del niño para cada objeto y experiencia real existirá un doble a nivel interno. Todos los objetos que son internalizados por el niño, (los cuales no pueden ser verificados por la mera observación o percepción) son muy importantes para el mundo interno. Las ansiedades e incertidumbres que el niño experimenta internamente, ante cada uno de los objetos están estrechamente relacionadas con los objetos externos reales ya que es a partir de estos que el niño puede ir comprendiendo su mundo interno, a través del juicio de realidad podrá confirmar, validar o refutar cada vivencia interna y adquirir de este modo paulatinamente seguridad sobre dichos objetos. Las situaciones desagradables a las que se enfrenta el niño cobran importancia en el juicio de realidad ya que a medida que pueda dominarlas el niño irá adquiriendo confianza y sentirá que puede evitar cualquier posible daño preservando así sus objetos y con ellos conjuntamente el amor.

A través de experiencias más placenteras, que incrementen el amor y minimicen los temores de pérdida el niño puede poco a poco ir venciendo su posición depresiva (duelo), comprendiendo que los aspectos buenos y malos pueden coexistir en un mismo objeto, su confianza se fortalece y disminuyen su ambivalencia y temor por la destrucción de su mundo interno.

Klein (1938) fundamenta este paralelismo entre la posición depresiva infantil y el duelo normal de la adultez diciendo que cuando el sujeto esta frente a una pérdida real hay predominancia de objetos internos malos; los objetos internos buenos son sentidos como perdidos y por ende el mundo interno corre peligro. La posición depresiva temprana se reactiva y con ella los sentimientos de culpa, pérdidas y ansiedades características de la misma. Cuando el sujeto atraviesa un duelo normal siente pena por la pérdida real de la persona amada, pero la angustia se ve intensificada por las fantasías inconscientes de haber perdido junto con esa persona también los objetos buenos internalizados en la infancia. Por lo tanto, el duelo va a significar una importante revolución en el mundo interno del sujeto; conllevará la reelaboración de duelos previos.

1.3 Allouch: critica a Duelo y Melancolía

El autor y psicoanalista francés Jean Allouch, en su libro *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca* (1997) realiza una crítica al texto de Freud (1917) *Duelo y Melancolía*, donde

afirma: “Freud no escribió el artículo para establecer una versión psicoanalítica del duelo, como casi todo el mundo a continuación lo dice (...) sino que Freud, basándose en una versión no crítica del duelo, pretendió así comprender la melancolía” (Allouch, 1997, p.19).

Allouch señala que en el texto Freud se basa en el concepto de trabajo de duelo, para el cual ofrece la siguiente explicación; en el “duelo normal” el acatamiento de la realidad muestra que el objeto ya no existe y esta situación obliga a deshacer las investiduras ligadas a ese objeto perdido; el yo guiado por las satisfacciones narcisistas de estar con vida, deshace las ligazones con el objeto perdido. Es un trabajo arduo, lento y doloroso, en el que se empuja al yo a resignar el objeto perdido y encontrar en este proceso un objeto sustitutivo en el que colocar la libido liberada de las investiduras, dándole así un fin, una resolución a ese trabajo de duelo. Sin embargo, a este trabajo se opone el hecho de que el sujeto no abandona fácilmente una posición libidinal, este trabajo se realiza tal como indica Freud (1917) pieza por pieza, conlleva un gran gasto de tiempo y energía de investidura en donde durante todo ese tiempo la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. El factor tiempo tiene una función importante en el proceso del duelo, el desasimiento de la libido de las investiduras de objeto es de una lenta ejecución donde en cada escena se va produciendo una verificación de que el objeto no está más.

Allouch realiza una crítica a la forma en que Freud conceptualiza el duelo, en la cual el autor privilegia la noción de traumatismo en lugar de la noción de trabajo; para Allouch no es posible tal sustitución (la del objeto perdido) en tanto hay algo perdido para siempre sin posibilidad de remediarlo o revertirlo y por ende tampoco reemplazarlo, ese algo que se ha perdido tiene que ver con la parte nuestra que también se pierde al resignar el objeto. Lo que perdemos, y que se va con el otro en esa pérdida muestra lo irreparable del duelo, dado lo irremplazable de esa pérdida, su postura queda claramente establecida; va a decir Allouch que es el desgarramiento de ya no estar en la mirada del otro. Allouch (1997) utiliza la expresión “pérdida a secas” para designar esa parte de sí que pierde el sujeto al resignar ese objeto. Para el autor, Freud desarrolla una versión muy romántica del duelo, de una forma muy reduccionista donde solo habría una relación exclusiva del sujeto con el objeto perdido, en cambio para él existe la figura de un tercero, un otro que hará posible ese trabajo de duelo, que es necesaria para que ese trabajo se lleve a cabo y que lo asocia con la dimensión pública que toma todo duelo, y que hace visible en los casos de duelos en relación a situaciones de desapariciones forzadas o donde la distancia pone un no cuerpo que dificulta o hace imposible que ese trabajo se realice en forma sana.

1.4 Otra visión contemporánea del duelo: Tizón

El psiquiatra y psicoanalista español Tizón (2009) tomará las elaboraciones teóricas de Freud y Klein entre otros, como referencia para desarrollar su perspectiva sobre los procesos de duelo y como los entendemos, proponiendo una visión contemporánea del tema. En sus escritos da cuenta de la importancia que ha ido adquiriendo a lo largo del tiempo la necesidad de ampliar la visión que se tiene del duelo donde se tiende a enfatizar sobre el aspecto psicológico y emocional, afirmando que, para investigar y teorizar sobre el duelo y sus procesos, se deben tener en cuenta todas las áreas que constituyen la realidad del sujeto obteniendo así una visión biopsicosocial del mismo.

Para Tizón (2009) es esencial la separación de los conceptos duelo, procesos de duelo y elaboración del duelo a efectos de poder comprenderlos mejor.

Vamos a entender como *procesos de duelo* al conjunto de emociones, representaciones mentales y conductas vinculadas con la pérdida afectiva, la frustración o el dolor: de ahí el término procesos de duelo para hacer hincapié en que se trata de complejo diacrónico no solo de emociones, sino también de cambios de cogniciones, de comportamientos, de relaciones. Entendemos por *duelo* el conjunto de fenómenos que se ponen en marcha tras la pérdida: fenómenos no solo psicológicos (los “procesos de duelo”), sino psicosociales, sociales (el “luto”), antropológicos en incluso económicos. (Tizón 2009, p.20).

Las pérdidas afectivas y los duelos desencadenados comportan repercusiones a nivel psicológico y emocional a corto y largo plazo, pero también las habrá del tipo somáticas y a nivel social. Va a decir Tizón (2009) que el duelo nunca se vive por primera vez, sino que más bien es de carácter repetitivo y se experimenta desde el inicio de la vida donde atravesamos el duelo por separación del útero de la madre, de esta forma cada vez que enfrentamos una pérdida se revive a nivel total, psicofísico y biopsicosocial todas las experiencias previas de satisfacción, de contención, así como las de pérdida y frustración.

La elaboración del duelo dice Tizón (2009) se entiende como la serie de procesos psicológicos que comienzan por el impacto emocional y cognitivo de la pérdida y culmina con la aceptación de esta nueva realidad externa e interna del sujeto, un proceso que supone superar la tristeza que lo embarga y la posible ambivalencia hacia lo perdido, reorganizando y recomponiendo el mundo interno compuesto de sentimientos, cogniciones y fantasías. Los procesos de duelo son de vital importancia en la estructuración de la personalidad y la salud mental de cada sujeto ya que durante todo el transcurso de la vida y el desarrollo el ser humano estará siempre acompañado inevitablemente por pérdidas y frustraciones en todas sus áreas.

Continúa diciendo Tizón (2009), que el duelo no solo es una experiencia individual que dependa de las experiencias subjetivas que cada sujeto tenga con respecto al mismo sino que es ante y sobre todo una realidad colectiva, social y cultural que estará determinada por

las reglas, rituales y costumbres de cada grupo humano, de cada sociedad, de cada cultura en particular y de la concepción que tenga esta sobre la muerte y sus formas de legitimarla. Es aquí donde cobra mayor sentido la dimensión social del duelo, que si bien es cierto que se vive en mayor medida a nivel individual comporta inexorablemente una experiencia a nivel colectivo.

Existen muchas y variadas formas de despedirse de un muerto, del tratamiento que se le debe dar a su cadáver y eso es variable en función de las creencias religiosas, el lugar geográfico, el clima, posición social entre tantas otras.

Las diferentes formas culturales de pensar la muerte son algo distintivo y propio de cada una de ellas y es además algo muy significativo que se debe tener en consideración a la hora de otorgarle alguna significación específica (que puede resultar errónea), cuando se trata de entender las diversas reacciones o respuestas que puede manifestar un sujeto ante la muerte. Los diferentes ritos o formas de actuar ante ella suelen responder tanto a la necesidad vital de manifestar afecto hacia ese ser querido que ha muerto, así como a determinados tipos de creencias que dictaminaran cuales deben ser las manifestaciones de duelo correspondientes de acuerdo a ellas.

Capítulo II

Dado que ambos conceptos el de duelo y el de muerte, son construidos socialmente enmarcados en un contexto socio histórico y cultural particular, se considera pertinente dar cuenta de la importancia que la dimensión cultural, social y colectiva tiene en estos procesos, ya que nos ayudara a comprender el duelo como un fenómeno social, cultural y subjetivo.

2.1 La concepción de la muerte y sus cambios a lo largo de la historia:

La historia y la cultura nos muestran las formas en que el hombre ha logrado figurar la muerte a lo largo de los siglos dejando su huella de formas muy distintas y diversas. En algunas culturas y en ciertas religiones la muerte es vista con horror como un castigo divino por nuestras malas acciones, por los pecados cometidos, en cambio en otras es tomada como algo muy preciado y valorado, una especie de premio o recompensa a toda una vida de abnegados sacrificios, es un pasaje hacia una vida en el más allá donde lo que encuentre quien emprende ese viaje será mucho mejor que lo que ha tenido en esta vida “terrenal”, en otras simplemente es acatada sin más como la voluntad de algún dios al que se le profesa fe, en otras puede ser la muerte con honor en batalla, o la de quienes entregan su vida como una ofrenda; todas estas son solo algunas de las formas que el ser

humano ha encontrado para hacerle frente a uno de los momentos más cruciales de su existencia: la muerte.

Si hay algo de lo que el ser humano tiene plena conciencia y certeza es que nace, vive y muere. Si bien la muerte y todo lo que ella significa, no es algo que le resulte ajeno, dado que es el final común e inevitable que le espera a todos los mortales y es además uno de los principales pilares de todas las civilizaciones; aun así la cercanía con la muerte llega de la mano de la propia experiencia de la pérdida de un otro, de la muerte de un ser querido, una pérdida irreversible que marcará un antes y un después en la vida obligándonos a reorganizar nuestro mundo afectivo. Freud (1915/2013) En *De guerra y muerte* sostiene que no es posible imaginar nuestra propia muerte dado que no existe representación de la muerte en el inconsciente, por ende, el ser humano no puede saber que es la muerte a pesar de saber que es mortal.

Según las costumbres de la cultura o de la comunidad a la pertenezca el deudo, éste puede optar por llevar a cabo los rituales o ceremonias que le permitan dar un lugar asignado por esa cultura en particular a sus seres queridos, ahora muertos; un lugar que por identificación ocupara luego cuando su propia muerte llegue.

Es importante establecer las relaciones entre los ritos funerarios y los mecanismos individuales de duelo, para poder dar forma e intentar comprender el impacto que tiene este suceso en la vida una persona. Cuando la muerte de un ser querido llega, el efecto dominó se desata, el hecho irrumpe en la vida de la persona y comienza el caos, todo su mundo se cae pieza por pieza, se desarma perturbando así la organización psíquica del sujeto.

Aries (2007) en su libro *Morir en Occidente*, comentando a Geoffrey Gorer, señala la importancia de los ritos funerarios llevados a cabo cuando sucede una muerte, ya que cumplen una función integradora, ayudan a recomponer esa realidad fragmentada, a dar credibilidad al hecho acaecido y acompañar a los deudos durante ese proceso de desorganización y de derrumbe, para que puedan recorrer el camino conducente que les permita dar un lugar a los restos y recuerdos de quien se ha marchado, otorgándole un nuevo estatuto, el de muerto, un nuevo lugar, una nueva forma simbólica que permitirá continuar la relación con la persona que ha fallecido, ya desde otro lugar, enlazando la vida y la muerte desde la memoria y los recuerdos. Esto permite que el deudo sufriente ponga en marcha los mecanismos de defensa que le permitirán amortiguar el impacto, apaciguar el dolor y la angustia que vienen con la pérdida.

Tomando en consideración los factores antes mencionados y poniendo el énfasis en el tema que nos convoca, podemos pensar y preguntarnos qué pasa con aquella persona que ha emigrado. Un deudo que está lejos del lugar donde se produce la muerte de ese ser

querido, nos permite considerar la hipótesis de que a algunos sujetos estas circunstancias podrían afectarles en forma negativa.

¿Es lícito entonces considerar una complicación en la tramitación del duelo o un estancamiento del mismo, considerando las circunstancias de la distancia y la no presencia del deudo en el lugar? ¿El hecho de no estar en presencia de un cuerpo al que despedir o presentar honras funerarias si fuese el caso y no contar con los instrumentos simbólicos que le brindan estas instancias para hacer frente a la pérdida de un ser querido hacen alguna diferencia a la hora de tramitar un duelo?

En la obra de Philippe Aries *Morir en Occidente (2007)* se recoge el imaginario sobre la muerte y de cómo se va modificando el concepto de la misma a lo largo de la historia. El autor habla sobre cómo se ha pasado de naturalizar y aceptar la muerte siglos atrás, a la actualidad donde está rechazada, negada, donde se busca por todos los medios posibles burlar a la muerte combatiendo los síntomas de envejecimiento.

Aries (2007) toma como punto de partida la primera Edad Media, que abarca desde el siglo VI hasta el siglo VIII, período en que la religión católica continuaba construyendo su estructura organizativa y no contaba aun con la legitimidad y reconocimiento que tiene en nuestros días, donde la estructura social era principalmente agraria, el poder se concentraba en manos de los nobles terratenientes y se daban incesantes luchas por poder como parte de un proceso definitorio de la monarquía; época de guerras, enfermedades y hambrunas donde la esperanza de vida era muy corta.

Aries (2007) sostiene que la muerte en este período de tiempo es lo que él denomina una “muerte domesticada”, en su recorrido y análisis de la época busca dar respuesta a una pregunta: ¿cómo morían los caballeros en el medioevo?

El autor lo describe de esta manera:

En primer lugar, estaban advertidos. Uno no moría sin haber tenido tiempo de saber que iba a morir. De otro modo, se trataba de la muerte terrible, como la peste o la muerte súbita, y realmente era necesario presentarla como excepcional, no hablar de ella. Normalmente, el hombre estaba entonces advertido (Aries 2007, p.20).

La muerte entonces era muy sencilla, se tomaban los recaudos y se hacía lo acostumbrado en cada cultura. Continúa diciendo Aries (2007) que de esta época podemos sacar tres grandes conclusiones: una es que se esperaba a la muerte en el lecho enfermo; en segundo lugar que la muerte era una ceremonia pública y organizada por el propio moribundo, donde su habitación, el lecho de muerte se convertía a partir de ese momento en un lugar público, de libre circulación donde se llevaban a cabo los rituales funerarios, destacando además que era de suma importancia que todos los familiares, incluidos los niños, y allegados concurrieran. Por último, la sencillez con la que los ritos de la muerte

eran aceptados y cumplidos ceremonialmente con poco dramatismo ni exceso de emociones. Se debía morir y se moría. En aquella época la muerte se mostraba cercana, asidua, familiar, donde la inercia hacia lo suyo y la vida de los deudos retomaba su curso habitual sin mucha demora; por eso aquello de domesticada. Esta actitud ante la muerte fue modificándose de forma paulatina. En esta segunda etapa que el autor denomina “la muerte invertida” se dan cambios en la forma de concebir la muerte:

A partir del siglo XII, la actitud hacia la muerte cambia y pasa a ser de oposición a la vida, se admite que el fin de la vida supone una descomposición biológica y pasa a ser un hecho que genera sufrimiento y es vivido de una forma más emocional, de una manera más dramática.

Para el siglo XVII, nace el interés institucional y religioso ante la muerte; se establecen distintos rituales, la actitud imperante es de una muerte sentida como ajena con un menor sentido familiar y social; está mal visto exponer al muerto a la mirada de otro.

Para el siglo XVIII, los progresos sociales y económicos dan paso a nueva concepción de la vida y por ende de la muerte. Hay una creciente actitud de demanda y consumo donde la sociedad entera está cambiando. Este nuevo escenario permite un avance en todo lo referente a lo sanitario, a la salud y enfermedad; la medicina y los hospitales comienzan a hacerse presentes con más fuerza, siendo ahora los encargados de resolver los entretrejos de la vida y la muerte.

Para el siglo XIX, la actitud frente a la muerte es cada vez más controvertida, presentándose cada vez de forma más conflictiva y dramática.

A partir del siglo XX y hasta nuestros días, tanto la muerte como el duelo tienen cada vez menos carácter social y público. Se trata de que la muerte pase desapercibida, cambian los rituales y las ceremonias; los velorios y entierros van perdiendo protagonismo siendo la cremación la que gana terreno porque acorta los tiempos del proceso. La muerte está mal vista, los rituales funerarios van desapareciendo, pero no hay nada que ocupe ese lugar, y esto es un problema ya que el duelo y los rituales para su elaboración han sido históricamente las estrategias pilares para hacer frente a las pérdidas ya que les otorgaba un sentido simbólico y colectivo que hoy está en detrimento.

Para dar cuenta de la dimensión pública o privada de la muerte se hará referencia al trabajo de la autora María Elena Emilguer (2005):

En la contemporaneidad por primera vez en la historia de la humanidad, se nace y se muere en el hospital. Los momentos capitales de la existencia, aquellos que ponen en juego más profundamente la identidad, la vida y la muerte, se sitúan lejos del cuadro familiar, del hogar doméstico; se sitúan en el escenario aséptico y funcional, pero anónimo, de la clínica o del geriátrico. Los individuos solitarios se deslizan discretamente hacia la muerte fingiendo no

saberlo para no conmover a sus prójimos. La muerte es silenciosa, lo contrario de antaño y aunque tiene incidencia en lo público, porque va transmitiéndose como costumbre, casi no es una ceremonia pública; ha devenido un acto privado: se muere en la asepsia de las terapias intensivas sin el acompañamiento de la familia. (Emilguer. 2016, p.137).

La autora sostiene que la sociedad actual ya no tolera contemplar al cuerpo muerto ni a sus seres queridos llorando y agrega que cada vez se visita menos a los deudos. Los cambios profundos en la sociedad de hoy, donde la ciencia y la tecnología asociadas a la globalización y al neocapitalismo, sin más regulación que la del mercado, intentan instaurar el rechazo, la exclusión de la muerte, están obligando a que los sujetos busquen y construyan nuevas formas de ritualizar la muerte así como el apelar a nuevos mecanismos que le permitan dar esa dimensión pública y colectiva tan necesaria a la hora de transitar el duelo, son alternativas que les permiten compartir el dolor y el sufrimiento con otros ya que el estar acompañados en momentos tan cruciales es algo de lo que están siendo privados de forma cada vez más habitual los individuos que forman parte de la sociedad del siglo XXI como consecuencia de estas nuevas costumbres de las que se hacen eco poco a poco algunas culturas y vertiginosamente otras.

Sin embargo, continúa diciendo Emilguer (2016), que en la actualidad nuevas formas se van produciendo para compartir el dolor con el deudo; ya no en el silencio solícito de un velorio, sino en instancias en las que participan las nuevas tecnologías; las redes sociales son lugares donde se da cuenta del dolor del deudo, se da y se recibe el pésame por la muerte de un ser querido a través de las plataformas virtuales más utilizadas en la actualidad, la dimensión pública, social y colectiva intervienen de otra manera, desde otro lado adquiriendo cada vez más presencia y peso. Son las nuevas formas que los sujetos encuentran para expresar el dolor sin enferma

2.2 La importancia de los ritos funerarios en el proceso psíquico del duelo:

Intentaremos establecer algunas relaciones entre el rito funerario y los mecanismos individuales de duelo para poder dimensionar la importancia de su papel en el proceso psíquico del mismo, así como las consecuencias de su falta si fuera el caso.

Como se expuso en el capítulo anterior cuando la muerte de un ser querido llega, el hecho irrumpe en la vida de la persona, la realidad se ve fragmentada, perturbando así la organización psíquica del sujeto. Es por ello que los ritos funerarios llevados a cabo cuando sucede una muerte, son tan importantes, cumplen una función integradora, ayudan a recomponer esa realidad fragmentada, a dar credibilidad al hecho acaecido. Si bien revisamos la importancia que tienen los ritos funerarios para la tramitación de la muerte de un ser querido, es necesario destacar que lo importante no son los ritos en sí mismos, sino

lo que posibilitan y esto nos habilita entonces a cuestionarnos sobre qué es lo que posibilitan los ritos funerarios y si estos facilitan que lo que Freud llamó "trabajo de duelo" se lleve a cabo.

Desde una perspectiva psicoanalítica, siguiendo a Freud (1920/2013) sabemos que el duelo es desencadenado por una pérdida, la pérdida de un objeto de amor en la realidad; pérdida que conlleva a un abandono de ese objeto a través del trabajo del duelo, lo que se ha de realizar "pieza por pieza", y que de alguna manera va a permitir conservar el objeto perdido en lo psíquico.

Por su lado J. Lacan (1959) si bien no escribió un texto que hiciera referencia específicamente al duelo, trata el tema en varios de sus seminarios, principalmente en el *Seminario 6 El deseo y su interpretación*, valiéndose de Hamlet el personaje de la obra de Shakespeare, en primer lugar, destaca la importancia de los ritos a la hora de llevar adelante el trabajo de duelo y apoyado en la trama de la obra ejemplificara lo que sucede si faltan o se acortan los ritos funerarios. Lacan (1959) plantea el proceso de duelo como una reacomodación significativa frente a una pérdida en lo real que va a cuestionar al mismo sistema significativo en su totalidad dado que no hay significativo para dar cuenta de esa pérdida en lo real; (recordemos que en la obra de Freud no existe inscripción en el inconsciente de la propia muerte).

Es válido hacer mención que Lacan explica la constitución subjetiva como una estructura dinámica organizada en tres registros. El Psicoanalista francés postula los conceptos de lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico para exponer estos tres nudos de la constitución del sujeto. Lacan en su Seminario 22, R.S.I., (1975) da una definición de lo que es el nudo borromeo, donde explica que estos tres registros se hallan imbricados según la forma de un nudo borromeo donde el desanudamiento de cualquiera de los tres provoca necesariamente el desanudamiento de los otros dos.

Carmen Lucia Díaz (2014) en su libro *Imaginario, Simbólico, Real, Aporte de Lacan al psicoanálisis*, recoge de forma concisa los postulados del autor sobre los tres registros. El registro de lo Real es todo aquello que no puede expresarse como lenguaje, lo que no puede decirse ni representarse, porque al hacerlo pierde su esencia, es decir, el objeto mismo. Lo Real entonces siempre está presente pero mediado por lo imaginario y lo simbólico; el registro de lo Imaginario refiere a la imagen y a su peso en la construcción subjetiva, es constituido en un proceso que requiere de cierta enajenación estructural, es el dominio de la identificación espacial que se inicia en el estadio del espejo siendo en este proceso de formación que el sujeto puede identificar su propia imagen como el 'yo', diferenciándolo de un otro. Lo que se designa como 'yo' es constituido mediante la imagen

que en el espejo proviene de un otro. Es la forma primitiva de pensamiento simbólico; por último, lo simbólico es el registro psíquico que se origina en el lenguaje, el sujeto como tal surge a través de la inscripción en el orden de lo simbólico ya que la noción de la propia imagen corporal no es suficiente, es la estructura precedente y necesaria para que lo imaginario pueda organizarse. Entonces, el registro imaginario formula el conocimiento primitivo del yo, mientras que el registro simbólico genera una reflexión a nivel comunitario de ese conocimiento primitivo del yo creando así el primer conjunto de reglas que gobiernan el comportamiento e integran a cada sujeto en la cultura.

El psicoanalista Walter Cortazzo (2003) en su artículo *Los tiempos del duelo en el contexto de la muerte pornográfica*, sostiene que la forma en que Freud plantea el duelo presenta un punto problemático, ya que éste lo ubica como un acto privado sin tener en consideración la función del público y de la comunidad en los ritos necesarios para este proceso. Cortazzo agrega haciendo referencia a Lacan (1959), que el autor en el Seminario 6, *El deseo y su interpretación*, valiéndose de Hamlet el personaje de la obra de Shakespeare, en primer lugar, destaca la importancia de los ritos a la hora de llevar adelante el trabajo de duelo, donde apoyado en la trama de la obra ejemplificara lo que sucede si faltan o se acortan los ritos funerarios.

Continúa diciendo Cortazzo (2003) que los ritos para Lacan cumplen la función de (y lo cita textualmente): “Hacer coincidir la hiancia abierta por el duelo -eso que había llamado agujero en lo real- con la hiancia mayor, la falta simbólica”, tratando de inscribir y localizar nuevamente la falta de estructura. Lacan (1959) también destaca que los ritos además de tener una esfera íntima y privada también van a requerir de una tramitación a nivel público, a nivel de la comunidad. El autor lo plantea así:

Esos ritos funerarios poseen un carácter macrocósmico, ya que nada puede colmar de significantes el agujero en lo real, a no ser la totalidad del significante. El trabajo del duelo se consume en el nivel del logos (digo esto para no decir en el nivel del grupo ni de la comunidad, por más que el grupo y la comunidad en tanto que culturalmente organizados sean por supuesto sus soportes. El trabajo del duelo se presenta ante todo como una satisfacción dada al desorden que se produce en virtud de la insuficiencia de todos los elementos significantes para afrontar el agujero creado en la existencia. Hay una absoluta puesta en juego de todo el sistema de significante en torno al menor duelo. (Lacan, p.372)

Cortazzo (2003) hace alusión a Philippe Ariés y a lo que el autor observa sobre la reducción de los duelos donde sostiene que es una de las características de nuestra época y otro punto no menos importante que también destaca Aries y que Cortazzo (2003) retoma,

es la exclusión de la comunidad en la tramitación de los mismos. Agrega Cortazzo (2003) que es lo que Allouch denomina “muerte seca”, es decir una muerte sin rito.

Entonces podemos decir que lo importante aquí sería la necesidad de inscribir la pérdida, la falta, la ausencia, la muerte y esto abarca desde un certificado de defunción hasta los distintos tipos de ritos posteriores a la muerte como entierros, velorios o cremaciones. Los rituales, las costumbres, los usos religiosos y el sistema de valores de una comunidad determinada, con sus tradiciones propias, influyen de forma significativa en el la elaboración del trabajo psicológico del duelo; brindan un marco y encauzan la afectividad que está asociada con el dolor y sufrimiento otorgando instancias que permitan expresarlo.

Si bien es sabido que los ritos funerarios giran alrededor y constituyen en sí mismos una posibilidad que da paso al proceso de duelo, no podemos asumir ni afirmar categóricamente que la ausencia o modificación de éstos complique o impida este proceso en todos los sujetos, pero si podemos afirmar que es un factor importante a tener en cuenta siempre enmarcados en la vivencia subjetiva de cada sujeto en relación a ese proceso de duelo.

Capítulo III

3.1 Duelos Migratorios:

El tema abordado en esta monografía es el duelo por la pérdida de un ser querido en sujetos que se encuentran en condición de migrantes lejos de su lugar de origen, motivo por el cual se considera pertinente hacer mención de los distintos aspectos que conforman un proceso migratorio.

El duelo puede definirse como un proceso que tiene lugar luego de una pérdida significativa y tiene como objetivo metabolizar el sufrimiento psíquico producido por este suceso donde se debe asumir la nueva realidad establecida, ya que el mundo que el sujeto habita no volverá a ser el mismo nunca. El psiquismo se enfrenta a la tarea de realizar una elaboración que le posibilite a la persona la inscripción del objeto perdido como recuerdo a la vez que intenta recuperar el interés por lo que sucede a su alrededor en el mundo

externo, en lo cotidiano. Al enfrentarse a una pérdida de esta magnitud es necesario hallar una significación acerca de su lugar en relación a ese objeto perdido

Toda migración comporta una variada cantidad de pérdidas de distinta índole, pero por lo general este fenómeno rara vez es visto o tomado desde una perspectiva individual. La presente monografía tiene la intención de observar dicho fenómeno desde la perspectiva del duelo, específicamente de los llamados duelos migratorios. La migración conlleva un proceso de duelo muy complejo ya que todas esas pérdidas se dan de forma simultánea complejizando la forma en que se vivencia la experiencia, en muchos casos el sujeto no consigue transitarlo de forma satisfactoria y el duelo puede complicarse.

Al hablar de duelos migratorios se suelen utilizar distintas denominaciones para referenciarlos, en la presente monografía se hará referencia al trabajo del Dr. en psiquiatría Joseba Achotegui (2002). El autor en su libro *Síndrome de Ulises* trata específicamente lo que él denomina los duelos migratorios. Ulises es un héroe griego, un semidiós, personaje de la mitología griega del libro La Odisea descrita por el gran poeta griego Homero donde éste relata el periplo que debe atravesar Ulises y al que apenas sobrevive, rodeado de peligros y adversidades para regresar a las playas de Ítaca su tierra natal, de la cual fue rey:

“(…) pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y consumiendo su ánimo en lágrimas, suspiros y dolores, clavaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto”.
(Odisea, Canto, V).

Este tipo de duelo no sólo es aplicable a situaciones de inmigración motivadas por ánimo de superación o económica o de una vida mejor, sino también a las migraciones protagonizadas por aquellas personas que se ven obligadas o en la necesidad imperiosa de abandonar el lugar que habitan por diversos motivos, como guerras, violencia, persecución política entre otras.

Según Achotegui (2002) la migración en tanto acontecimiento de la vida trae aparejado como todo cambio, estrés y tensión, pero no se trata de un estrés adaptativo, sino de un estrés prolongado e intenso que supone un proceso de reorganización y requiere de un gran esfuerzo para lograr adaptarse a los cambios, es un duelo con riesgos de convertirse en un duelo de tipo complicado. El llamado “síndrome del inmigrante” con estrés crónico, es una combinación de factores estresantes asociados a la soledad y sentimiento de fracaso.

Achotegui (2002) sostiene que el duelo migratorio tiene componentes específicos que lo diferencian de otros duelos. El autor va a enumerar una serie de características que desde su perspectiva conforman el duelo migratorio. El autor afirma que el duelo migratorio es un duelo parcial, recurrente y múltiple.

Continúa diciendo Achotegui (2002); es un **duelo parcial** porque el “objeto” de la pérdida en si no desaparece como tal ni para siempre y es posible un reencuentro, al contrario que en el duelo total donde el objeto de la pérdida desaparece para siempre, no existe la posibilidad de que vuelva y por ende la opción del reencuentro no es posible. Es un **duelo recurrente** porque es muy fácil que se reactive de forma permanente ya sea por los viajes esporádicos, las llamadas telefónicas o el contacto a través de internet entre otros, lo que trae aparejado como consecuencia que el proceso de elaboración se vuelva muy complejo. **Duelo Múltiple;** ya que probablemente la migración sea una de las situaciones en la vida de una persona en la que se deba afrontar tantos cambios y pérdidas en forma simultánea.

El autor afirma que el duelo migratorio es un duelo muy vinculado a los aspectos infantiles arraigados en el sujeto ya que en la primera infancia es donde se establecen los primeros vínculos con las personas próximas, la lengua y las costumbres de la cultura. En la infancia se viven los acontecimientos que condicionan la forma en que se construirá la personalidad y considera que en la edad adulta la persona ya está asentada en una determinada estructura de personalidad que solo podrá ser modificada de forma parcial por las instancias que se van atravesando a lo largo de la vida.

Por ende, la persona que emigra está en cierto modo condicionada por lo que ha vivido en la infancia y esto será determinante a la hora de enfrentar obstáculos y adaptarse a los cambios de forma. Achotegui (2002) afirma que existen al menos 7 duelos migratorios.

El duelo por familia y amigos, esto supone la pérdida de la red familiar, amigos y relaciones íntimas. El hecho de no saber cuándo volverá a verlos o si ese reencuentro será posible, es fuente de angustia, tristeza y preocupación.

El duelo por la lengua, es común que las personas que emigran lo hagan a países donde se hable un idioma distinto al suyo, si a esto le sumamos que en muchas ocasiones no hablan ese idioma o lo dominan en forma muy precaria la adaptación se torna aún más compleja porque dificulta el relacionamiento con otros, encontrar empleo, incluso la comunicación coloquial básica del día a día. La pérdida del idioma o lengua materna hará que sea más difícil aun expresar lo que se siente porque la nueva lengua no incorpora las claves y códigos que le son familiares.

El duelo por la cultura, se pierden los hábitos, valores y costumbres propias de la cultura de donde se procede, desde la comida hasta la forma de vestir. Cada país o región tiene sus costumbres propias y en ocasiones chocan con la cultura propia del recién llegado.

El duelo por la tierra, donde se toma la tierra en una forma amplia, desde los paisajes, colores y olores, cuando el cambio es radical como por ejemplo ir de un país tropical con un clima cálido la mayor parte del año, a uno donde hay montañas, nieve y hace frío. En

ocasiones solo el hecho de que sean lugares tan diferentes consigue que se destaquen los aspectos negativos del nuevo lugar al que se vive como agobiante o asfixiante.

El duelo por el estatus social, esta dimensión comporta una pérdida de status social, ya en el nuevo lugar de acogimiento se incorpora desde el último escalafón social, sin importar el que tuvieron en su lugar de origen. La falta de acceso a determinadas oportunidades, a servicios básicos de salud, servicios sociales, es estatus migratorio en sí, el tener documentación legal o no entre tantas otras. Si el tiempo que ha de permanecer en ese escalafón sin avanzar es prolongado, el sujeto tiende a desmoralizarse y a perder la motivación.

El duelo por el contacto con el grupo de origen, se pierde el sentido de pertenencia al no poder encontrarnos con otros que nos reconocen y con los que nos sentimos identificados, incluso es común que se enfrente a situaciones de rechazo o racismo por pertenecer a otra raza o cultura o por la sencilla razón de ser migrante.

El duelo por la integridad física, el viaje en sí genera mucha incertidumbre. El miedo por la integridad física o a sufrir percances de salud, sobre todo si se viaja sin la documentación necesaria genera en las personas distintos tipos de miedos, como a no poder concluir el viaje y poder llegar al lugar de destino si se es detenido en el aeropuerto o deportado.

Lo que va a ser determinante para que el viaje sea seguro y exitoso son las condiciones en que se realice el mismo. Las posibilidades de correr mayores o menores riesgos así como la de quedar expuestos a situaciones de peligro más o menos graves en las que se puede llegar a poner en riesgo la integridad física de la persona aumentan en caso extremos donde por ejemplo se ingresa de forma ilegal a un país por los denominados coyotes y para ello se han de recorrer caminos alejados y desconocidos para acceder por las partes menos vigiladas de las fronteras, que si la persona viaja a un país donde tiene permitido el acceso y permanencia legal sin ningún tipo de restricciones.

Sostiene Achotegui (2002) que la persona que emigra tiene por lo general ciertas expectativas con respecto a lo que pretende conseguir con el viaje que emprende y dependerá de cómo transcurra ese proceso, en qué medida se ajusta o no a las pretensiones anheladas, de qué forma se presentan las situaciones y circunstancias que bien podrán facilitar o por el contrario obstaculizar la concreción de los objetivos propuestos.

Con respecto a esto el autor plantea que el inmigrante vive en una permanente ambivalencia, un sentimiento pendular que oscila entre alegría y tristeza, ausencia-presencia, esperanza-desesperanza, ya que el deseo y las fantasías de regresar nunca se abandonan, aunque sea solo de visita, sin embargo muchas veces ese viaje momentáneo tampoco resulta una experiencia del todo satisfactoria como se había imaginado, dado que

los reencuentros y la nueva partida movilizan los sentimientos de pérdida nuevamente. Achotegui (2002) afirma que todo proceso migratorio da lugar a cambios en la identidad. La multiplicidad propia de aspectos que conlleva la elaboración de este duelo tiene como resultado profundos cambios en la personalidad del inmigrante, de un modo tal que pueden modificar su propia identidad. En mayor o menor medida la migración cambia al sujeto; si todo va bien y del modo esperado la experiencia tendrá como resultado una persona más madura, alguien que “tiene mundo”, en cambio si va mal puede llegar a desestructurar al sujeto a nivel psicológico y psicosocial. Para el autor la migración implica un duelo infinito porque el objeto de duelo, el país de origen, no desaparece, lo que permite mantener viva la fantasía de retorno.

3.2 Trauma una conceptualización desde el psicoanálisis: _

Para el tema que nos convoca, se considera pertinente abordar el concepto de trauma desarrollado por Freud, intentando delimitarlo dentro de lo posible dado lo vasto del tema y considerando que atraviesa casi toda la obra del autor, con la intención de vincular el mismo con el concepto de duelo. A partir de su articulación se intentará dar respuesta a las interrogantes planteadas en este trabajo o al menos dejar planteada una mirada posible. Ambas teorías pueden conectarse, lo postulado en el concepto de duelo es congruente con la enunciación traumática dado que trata de procesos de ligadura y desligadura que se dan en la psiquis a partir del impacto de la pérdida. La primera parte estará dedicada a delimitar las vicisitudes del concepto de trauma psíquico en el pensamiento de Freud, para articularlas con las reflexiones y postulados de otros autores sobre el tema.

Ana M. Vivó (2019) destaca que trauma es un término de origen griego (τραῦμα) que significa herida y que en la Grecia clásica ya se utilizaba esta palabra y toda la terminología asociada a ella como traumatizar, traumático o traumatismo; para referirse a lesiones mecánicas producidas en el orden del daño físico, así como a otras heridas de carácter más espiritual provocadas por diversos tipos de catástrofes de orden natural o cultural.

El psicoanálisis traslada al plano psíquico el significado inherente al término trauma: algo del orden de lo inesperado, choque violento y consecuencias sobre la personalidad. Todo evento extraordinario, no deseado y no habitual puede ser considerado una experiencia traumática. Norma Bruner (2016) destaca que el concepto de trauma atraviesa casi toda la obra de Freud y está presente desde sus inicios, si bien no siempre fue utilizado de la misma forma ni con el mismo significado, se debe destacar su permanencia a lo largo de la misma. La idea de una experiencia traumática inaugural está en el desarrollo de toda la teoría freudiana.

De Cristófolo, C, Fernández Raone, M., López Bonanni, A., Morresi, C. (2011) en *La vigencia del trauma en la obra freudiana*, destacan que al principio de su obra Freud (1895 y 1896) establece una definición metapsicológica fundamentalmente económica, el autor articula la noción de trauma con el abordaje que realiza de la histeria inclinándose por su vertiente etiológica la que se atribuía a experiencias traumáticas que habían permanecido en la psiquis aisladas de la conciencia a modo de "cuerpos extraños" y que siempre referían a vivencias de índole sexual ocurridas por lo general en la infancia; idea que haría extensiva al resto de las neurosis aunque manteniendo determinadas características diferenciales en cada una de ellas.

De Cristófolo (2011) agrega; que la reacción histérica puede explicarse como un intento de reaccionar frente al trauma que hace presencia en forma de recuerdos con una gran carga afectiva que produce efectos que el autor designara como: "Llamamos traumas psíquicos a las vivencias que desencadenaron el afecto originario, y cuya excitación fue convertida luego en un fenómeno somático" (Freud, 1895, p.220) y siendo este el motivo por el que adviene trauma, con lo cual vale remarcar que el trauma no es el hecho ocurrido en si sino la suma de excitación que este implica para el aparato psíquico.

Freud descubre que dichas experiencias al ser abreaccionadas y puestas en palabras con la consecuente descarga de afecto que mantenía ligado al recuerdo de las mismas se daba paso a la superación o desaparición de los síntomas, esto le permite a Freud designar una relación de causalidad siendo el trauma psíquico el elemento etiológico de la histeria y el síntoma histérico la manifestación de la dicha vivencia traumática que al ser alojada en el inconsciente y no ser tramitada ejerce efectos patógenos.

Tras el abandono de la teoría de la seducción, Freud desestimara el valor factual del trauma, lo realmente acontecido en la vida del paciente pierde protagonismo y en su lugar la realidad psíquica es la que cobra relevancia, valiéndose de la fantasía como eslabón que enlaza síntoma y sexualidad para fundamentar esta idea. Habiendo definido las psiconeurosis a partir de la defensa y de la idea de conflicto, el autor percibe que el hecho traumático relatado por los pacientes era correspondiente a una realidad psíquica que pertenecía al plano de la fantasía.

De Cristófolo (2011) agrega que en el año 1920 enmarcado en el nuevo dualismo pulsiones de vida-pulsiones de muertes, así como la nueva tópica psíquica donde se distinguen entre si el Yo, Ello y Superyó, redefinirá el concepto de trauma basándose en los nuevos descubrimientos clínicos que va desarrollando. Posteriormente en *Más allá del principio de placer (1920)* Freud concibe el trauma como un exceso de excitaciones externas que superan la barrera protectora contra ellas, y esto daría lugar a trastornos en el funcionamiento del yo de larga duración. El yo intenta movilizar todas las fuerzas disponibles con el fin de establecer contracatexis y normalizar las condiciones de

funcionamiento del principio de placer. El trauma no es un simple cambio en la economía libidinal, más bien amenaza radicalmente la integridad del yo.

Finalmente, en *Inhibición, síntoma y Angustia (1926)* Freud establecerá la última reestructuración del concepto de angustia donde el trauma cobra importancia en relación a la angustia automática, precursora de la angustia-señal. El autor sostiene que el yo desencadena una angustia señal para evitar verse desbordado por la angustia automática o catastrófica que es típica en la situación traumática ante la cual el yo se hallaría indefenso y que puede llevar a la desestructuración del aparato psíquico, siendo esto último, consecuencia de lo sorpresivo y disruptivo que es lo que dota al trauma de sus características más importantes. Esta nueva concepción establece una simetría entre el peligro interno y el externo en donde el yo es atacado indistintamente desde dentro y desde fuera.

De Cristófolo (2011), concluye diciendo que hacia el final de su obra Freud dotara al trauma de un valor estructural, dado que el exceso de energía libidinal es inherente a todos los seres humanos, es imposible sostener el concepto de trauma como algo estandarizado igual para todos, ni tampoco afirmar que lo traumático hace referencia a un acontecimiento particular, es necesario allí introducir al sujeto y por ende sus particularidades.

3.3 La migración como proceso traumático:

¿Podemos pensar la migración per se cómo un proceso traumático?

La migración es un proceso que implica un fuerte desarraigo de todo lo conocido; un proceso que mueve los cimientos de la vida de un individuo; en donde este se encuentra de repente desprovisto de todas las cosas que han forjado, su identidad, su subjetividad, como las costumbres, tradiciones y lugares. Este evento es desencadenante de diversas reacciones naturales, entre ellas el duelo. Esto nos permite cuestionarnos si el proceso migratorio también podría en algún punto considerarse una experiencia del orden de lo traumático.

Los psicoanalistas León y Rebeca Grinberg (1982) en *Psicoanálisis de la migración y del exilio* desarrollan su trabajo con respecto a la migración haciendo énfasis en las características del exilio, situación compleja si las hay; los autores dejan constancia desde el principio de su trabajo que no conciben una migración como un fenómeno neutro o vacío

de significado personal sino todo lo contrario, lo ven como un desgarramiento cognitivo y social, como rupturas. Es importante remarcar este punto dado que por obvias razones las circunstancias de una migración motivada por exilio son muy distintas a las de una migración llevada a cabo de forma voluntaria que es la que se hace referencia en esta monografía. Los Grinberg (1982) aluden a los movimientos migratorios empleando los recursos del psicoanálisis, enmarcado en la década del 80, la elaboración de este trabajo los autores tienen apoyatura en estudios que ellos mismos realizaron en consulta privada y también hospitalaria de las vivencias transmitidas por una numerosa cantidad de personas que llevaron a cabo procesos migratorios.

Grinberg y Grinberg (1982) sostienen que a pesar de que algunos autores consideran que el trauma es un fenómeno agudo, que ocurre en un período breve de tiempo y produce un colapso psíquico debido a que la mente se encuentra desbordada ante la virulencia de los estímulos desencadenantes; los autores creen que el concepto de trauma no solo debe ser atribuido a un hecho aislado, único y en un período breve de tiempo, como puede ser la muerte súbita de un ser querido, un accidente o una catástrofe natural sino que también debe ser utilizado para referirse a situaciones que se prolongan por períodos más o menos largos en el tiempo, siendo la migración uno de ellos dado que si bien tiene una fase traumática y aguda, su duración suele prolongarse.

La migración es un cambio, sí, pero de tal magnitud que no sólo pone en evidencia, sino también en riesgo, la identidad. La pérdida de objetos es masiva, incluyendo los más significativos y valorados: personas, cosas, lugares, idioma, cultura, costumbres, clima, a veces profesión y medio social o económico, etcétera, a todos los cuales están ligados recuerdos e intensos afectos, como así también están expuestos a la pérdida partes del self y los vínculos correspondientes a esos objetos (Grinberg y Grinberg, 1982, p.18)

Grinberg y Grinberg (1982) agregan que la migración en tanto experiencia traumática, debería pertenecer a la categoría de los llamados traumatismos acumulativos y de tensión, con manifestaciones quizás no tan aparentes o visibles, pero de efectos profundos y duraderos. En la experiencia migratoria el individuo puede producir distintos síntomas como forma de manifestar la ansiedad, siendo una manera de utilizar la angustia-señal de forma controlada y no verse desbordado por la masividad de la angustia catastrófica.

Siendo el duelo una de las reacciones que desencadena la experiencia migratoria Grinberg y Grinberg (1982) haciendo referencia al mismo, afirman que el trabajo de elaboración de los duelos es un proceso largo y comienza en el instante de la pérdida donde el yo adquiere un papel fundamental. Incluye el duelo por el objeto y el duelo por las partes del yo perdidas. Son dos procesos que se realizan simultáneamente a partir de las primeras reacciones resultado del brusco desequilibrio que se experimenta al tomar conciencia de la pérdida masiva de objetos amados, el yo intentara reorganizarse a través

de la elaboración paulatina de dichas pérdidas. Los autores sostienen que, si la personalidad del inmigrante es lo suficientemente sana, sus motivaciones racionales, las condiciones en que se ha realizado la migración son adecuadas, si el lugar al que se dirige le resulta prometedor y en una forma razonable acogedor, el individuo se comprometerá en forma gradual con su nueva forma de vida. Si la situación emocional del individuo le permite ser realista sin tener que recurrir a disociaciones extremas y acepta sus limitaciones será capaz de aprovechar lo nuevo de la experiencia y valorar sus aspectos positivos.

Grinberg y Grinberg (1982) otorgan un peso muy grande a las experiencias que consideran traumáticas y si bien señalan que las experiencias personales constituyen un diferencial a la hora de elaborar los traumas, las vivencias traumáticas son puestas en un lugar muy importante y con cierta generalización.

Con respecto a esto es que se introduce la relectura que Moty Benyakar hace de lo traumático, que de alguna forma permite resituar la idea clásica de trauma propuesta por Grinberg y Grinberg (1982).

3.4 Moty Benyakar y su conceptualización de trauma:

En contraposición a lo expuesto por Grinberg y Grinberg (1982) que afirman que la migración es traumática en sí misma, Moty Benyakar (2012) cuestiona si lo traumático es el fenómeno en sí mismo o la forma en que cada individuo lo experimenta

Moty Benyakar es un gran estudioso de lo traumático y sus vicisitudes en la clínica. Benyakar (2012) considera que para poder profundizar en el tema es necesario delimitar de forma clara el concepto de trauma, atribuirle el valor epistémico correcto para de esa forma entender los distintos procesamientos psíquicos que conlleva.

El autor sostiene que, si bien no desconoce que su punto de vista es solo una de las miradas posibles, él propone a “lo traumático” como un abordaje integrativo de un procesamiento psíquico de desarticulación entre afecto y representación, que enfatiza las diferentes manifestaciones del trauma.

Benyakar (2012) prosigue afirmando que el trauma ha sido uno de los conceptos pilares para Freud en toda su obra, y en ella ha intentado explicar desde accidente ferroviarios, hasta las consecuencias por el impacto de las guerras. Cuando Freud trata de profundizar en las vicisitudes de la histeria, así como el desarrollo de las defensas, los mecanismos de escisión, proyección y otros, se ha valido del concepto de trauma para explicarlos en la primera tópica y en la segunda.

El autor sostiene que Freud utiliza este concepto en más de diez acepciones distintas pero que a pesar de ello no se profundiza sobre el cómo proceso psíquico lo que da lugar a confusión ya que Freud postularía al “trauma” en algunos de sus textos como “situación traumática” a referirse a un evento o un entorno, pero en otros lo va a describir como un fenómeno del orden exclusivo de lo psíquico. También en forma paradójica en algunos textos convergen ambas acepciones.

Va a decir Benyakar (2012) que desvirtuar la esencia de lo traumático como algo exclusivamente psíquico, además de convertirse en un obstáculo para la elaboración teórica y clínica del psicoanálisis ha dado también lugar al nacimiento de entidades nosológicas en el ámbito de la Psiquiatra como por ejemplo el estrés postraumático, algo muy usado por los médicos en el área de salud mental, siendo uno de los mayores problemas el hecho de no reconocer al trauma como un proceso psíquico. En el diagnóstico de estrés post traumático lo patológico es el stress en sí mismo y el trauma un fenómeno factico.

El autor explica que en su propia experiencia clínica cotidiana en campos de batallas o en el tratamiento de personas damnificadas por catástrofes sociales o naturales, no ha podido abordar en forma adecuada lo que emerge como patológico a consecuencia de los impactos de dichos eventos o entornos, no solamente porque el cuadro no era nada claro, sino que la literatura en la que buscaba sustento para apoyarse le generaba aún más confusión.

Benyakar (2012) sostiene que para sostener lo traumático como un fenómeno psíquico necesitaba valerse de un concepto que le permitiera medir las magnitudes y cualidades del hecho factico en sí mismo, de modo tal que pudiera referirse a las características de accidentes, violaciones, crisis económicas entre otras tantas. El autor se cuestiona si lo traumático es el fenómeno en sí mismo o la forma en que cada individuo lo experimenta. Su reflexión al respecto fue que para él, un hecho factico per se no es trauma, dado que una bomba no es trauma en sí misma, un accidente no lo es y tampoco una violación, de modo que ninguno de ellos es una situación traumática por sí sola, lo que determinara que devenga traumático es la vivencia subjetiva, la experiencia que se tenga de ese evento, no todo evento por terrible que sea va a producir un proceso psíquico patológico, habría que verificar cual es el efecto psíquico que causa dicho evento en el sujeto.

El autor considero que necesitaba valerse de otro concepto que le permitiera cualificar al evento en sí, y de esa forma aparece el concepto de lo disruptivo, y es través de éste que el autor pretende expresar de forma clara que el lugar de lo traumático es única y exclusivamente un fenómeno psíquico provocado por un impacto externo que causa una falla de la capacidad procesual.

Lo disruptivo, hace referencia a irrumpir, hacer pedazos o establecer discontinuidad, para referirse al término el autor nos ofrece esta conceptualización: “será todo evento con la capacidad potencial de irrumpir en el psiquismo y producir reacciones que alteren su capacidad integradora de elaboración” (Benyakar, 2016, p.14)

Lo disruptivo permite dimensionar la capacidad potencial de un fenómeno fáctico para desestabilizar los procesamientos psíquicos, de esta forma se puede adjudicar mayor o menor potencial de disruptividad a cualquier evento o tipo de relación movilizante para el psiquismo, de modo tal que habrá eventos o entornos que siendo disruptivos pueden o no generar procesos psíquicos del orden de lo traumático.

El autor va a plantear tres conceptos relevantes para pensar un evento disruptivo, el primero será el evento factico que hace referencia al mundo exterior, el segundo es la vivencia haciendo alusión al mundo singular ya que la vivencia es la que otorga especificidad a la subjetividad y por último la experiencia que conjuga ambos términos, el de la vivencia (mundo interno) con un evento fáctico (mundo externo).

El autor define vivencia traumática y vivenciar traumático como procesos psíquicos de desarticulación entre el afecto y la representación, según su consideración, hará referencia a una vivencia traumática cuando un evento fáctico represente impacto tal en el psiquismo a tal punto que ese evento se mantendrá conservado en el mismo como un hecho no elaborado; y por otra parte se refiere a vivenciar traumático cuando hay un proceso fallido de la articulación entre afecto y representación en el que se dan microprocesos donde la frustración y el displacer devendrán constitutivos del psiquismo.

Benyakar (2012) aclara que se valió del concepto de vivencia traumática para en la elaboración de su trabajo dado que este es un concepto pilar fundamental en la teoría y en la clínica psicoanalítica. Es interesante la forma en que Benyakar propone utilizar el término disruptivo en lugar de traumático, habilitando así la posibilidad de la diferenciación, dado que es habitual caer en la generalización a la hora de asumir el carácter traumático de un evento en forma errónea, en cambio sí lo pensamos como un evento disruptivo el énfasis recae en el impacto que el mismo tiene para un sujeto de forma particular.

De modo que un evento factico puede tomarse como disruptivo en tanto adquiera la capacidad de desorganizar o provocar discontinuidad en el sujeto y eso lo determinara la experiencia subjetiva del mismo

3.5 Duelo y trauma:

Las teorías del duelo y del trauma se conectan, la hipótesis del duelo es acorde con la traumática, ya que se trata de procesos de ligadura y desligadura que se realizan en el psiquismo luego de enfrentarse al impacto y a la pérdida pero si bien su elaboración siempre dependerá de los recursos con los que cuente cada sujeto no se remite en forma exclusiva a la organización yoica y estará además supeditado a la influencia de las condiciones sociales, ambientales, familiares del momento donde la subjetividad se ve afectada.

La no presencia de cuerpo que se impone por la distancia física, la situación de desorganización psíquica que el individuo atraviesa debido a los diversos procesos de duelo que está enfrentando a causa del proceso migratorio, nos remite de forma obligada a contemplar las distintas variables que están puestas en juego como el tiempo transcurrido desde que se inició el proceso, las circunstancias en que este se ha dado, así como el tipo de vínculo preexistente con el muerto y las condiciones de separación de este antes de emigrar.

Dado que el trabajo de elaboración del duelo conlleva una inscripción inconsciente de lo perdido y considerando estas condiciones, es necesario pensar cómo se realiza dicho trabajo de duelo, si es que puede llevarse a cabo, o quizás entonces considerar la posibilidad de que ese duelo quede en suspenso.

De la articulación de estos dos conceptos surgen algunas interrogantes:

¿Es posible resignificar la pérdida de un ser querido cuando no se pueden llevar adelante los ritos que facilitan el duelo?

En el segundo capítulo de este trabajo siguiendo el trabajo de Cortazzo (2003), se intentó establecer la función y el peso que adquieren los ritos funerarios en el proceso de elaboración del duelo. De lo expuesto surge que la importancia de esa instancia radica en la necesidad de inscribir lo irremediable de la pérdida, la falta, la ausencia, la muerte de ese ser querido y vimos que esto abarca desde ritos posteriores a la muerte como son los entierros, velorios o cremaciones, hasta un papel que da certificado a la misma. Podemos pensar entonces que si bien los rituales y las costumbres, de una cultura o religión determinada, pueden influir profundamente en el trabajo psicológico del duelo de algunos sujetos; ya que brindan un marco y una posibilidad para canalizar los afectos que están asociados con el sufrimiento ofreciendo oportunidades para expresarlo, no podemos asumir ni afirmar categóricamente que la ausencia de éstos complique, deje en suspenso o

directamente impida este proceso en todos los sujetos. Lo que si podemos aseverar es que los ritos funerarios conforman uno de los tantos factores importantes a tener en cuenta siempre dentro del marco de la vivencia subjetiva de cada sujeto en relación a ese proceso de duelo en particular.

¿Qué pasa cuando el sujeto se encuentra en un trabajo de duelo previo como es el caso de la migración?

Desde la perspectiva de Achotegui (2002) que se abordó también en el segundo capítulo, donde el autor plantea las características particulares del duelo migratorio, sabemos que el sujeto que ha migrado transitara un proceso de duelo dada la cantidad de pérdidas a las que se enfrenta. La interrogante que surge en este trabajo intenta dimensionar el impacto que podría tener la pérdida de un ser querido estando en un proceso duelo previo como el que implica la migración, con otras particularidades, pero duelo al fin, motivo por el cual ambos coincidirían en el tiempo. Ante esta situación cada sujeto cuenta con distintos recursos para hacer frente a los cambios y a las pérdidas donde además resultara imprescindible tomar la perspectiva individual, las características particulares de cada situación y la subjetividad que subyace en ella a la hora de valorar la dimensión del impacto psíquico si lo hubiere.

Por otro lado, hay factores que pueden ser o no determinantes a la hora de metabolizar el sufrimiento psíquico, agregando quizás complejidad e imprimiendo carga emocional extra a ese proceso, como son por ejemplo el tipo de vínculo preexistente con el objeto de amor perdido y la forma en que se haya dado la separación con el mismo al momento de migrar, si fue una separación exitosa la pérdida pueda inscribirse de una forma muy distinta a si no lo fue.

Otro factor que cobra relevancia es el tiempo que ha transcurrido desde que se inició la migración, dado que obviamente no es lo mismo un sujeto que ha emigrado hace unos pocos meses y está en pleno proceso de adaptación a su nueva realidad con toda la reorganización psíquica que conlleva, a un sujeto que ha migrado hace años, hay una sustancial diferencia; vale aclarar que tampoco los años transcurridos nos dan la certeza de que el proceso de duelo haya sido resuelto, en muchos casos el sujeto no es capaz de transitarlo de forma satisfactoria y el duelo puede complicarse. Quizás la interrogante planteada aquí puede resultar más coherente con la situación de estos últimos mencionados.

¿El impacto de lo traumático permite llevar a cabo un trabajo de elaboración de duelo?

Retomando a Moty Benyakar (2007), el autor sostiene que es habitual la idea de que casi todos los sucesos terribles, penosos y dolorosos son traumáticos, donde la ecuación pérdida=trauma se repite una y otra vez, según su consideración, conjugar duelo y trauma es generar una fórmula donde un término neutraliza al otro. En *Duelo y Melancolía*, Freud define al duelo como: “El duelo es por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1917/2013, p.241).

Freud habla de trabajo de duelo como un proceso psíquico autónomo que va a posibilitar elaborar la pérdida, en cambio el trauma derivado de la vivencia traumática queda inscripta en el psiquismo de otro modo, se caracteriza por la imposibilidad de elaboración circunscripta a un determinado momento frente a una situación fáctica dada. Y es precisamente esa capacidad para llevar adelante el trabajo de duelo lo que permite que la pérdida no ponga en riesgo la vivencia de continuidad del sujeto y que la permanente interacción plástica del mundo interno-externo, pasado-presente-futuro, no se encuentre desarticulada como ocurre efectivamente en la vivencia traumática.

Benyakar (2007) sostiene que su experiencia clínica sumada a la revisión de la literatura psicoanalítica del tema lo llevaron a conceptualizar el trauma estableciendo una marcada diferencia entre este y el proceso de duelo. La labor analítica en relación a la vivencia traumática a diferencia del proceso de duelo, es la de desarrollar un espacio de transición que posibilite la elaboración así como la articulación de dicha vivencia, en un intento de evitar que quede congelada como consecuencia del enfrentamiento con lo irreversible de la pérdida, dado que en la vivencia traumática lo que predomina es la no articulación entre afecto y representación de lo contrario por su dinámica esta vivencia mantendrá al objeto perdido en un constante presente psíquico.

El autor afirma que el “Orden de lo Traumático” remite necesariamente a la forma en que la amenaza opera en el psiquismo. Es de vital importancia dilucidar las cualidades y características de esas amenazas para poder así evaluar lo que emerge en la clínica, ya que analizando la forma específica en que opera la amenaza en el psiquismo es que se puede repensar y diferenciar si la vivencia en cuestión es correspondiente al orden de lo traumático o al orden de lo ominoso.

Benyakar (2007) especifica que ambos conceptos suelen ser homologados, pero desde su punto de vista son de un orden estructural y fenomenológico totalmente distintos; y aun así pueden aparecer combinados en la clínica.

Agrega Benyakar (2007) que lo ominoso en el espacio originario es la percepción de lo pulsional como no propio, una sensación de extrañeza que surge de nuestras propias percepciones internas. Lo ominoso debe ser entendido como un interjuego entre lo no familiar, conocido y lo familiar no conocido. Cuando este interjuego aparece en cualquiera de sus dos vertientes estamos ante un fenómeno del orden de lo ominoso como amenaza o como evento factico. Ambas instancias, tanto en el orden de lo traumático como en el orden de lo ominoso presentan cualidades disruptivas.

Benyakar (2007) continúa diciendo que Freud al escribir “Lo Ominoso” habla de la aparición del doble y de la compulsión a la repetición, la transformación de lo no propio en propio devendría compulsivo en tanto el afecto se mantenga carente de representación. En la compulsión el psiquismo vivencia como extraño lo propio y el proceso psíquico es percibido como determinado por sensaciones que permanecen como extrañas, por lo tanto, entiende que lo ominoso aumenta sus cualidades amenazantes al mantenerse como no propio, son amenazas intra psíquicas que operan a posteriori. El autor entiende que el proceso de repetición está orientado a la búsqueda incesante de la representación que le permitiría metabolizar las sensaciones que no fueron representadas dándoles un sentido. De este modo concluye Benyakar (2007), que lo disruptivo de la pérdida puede devenir traumático, ominoso o trabajo de duelo. De lo expuesto anteriormente podemos pensar que, si es posible, dado que eso dependerá como hemos visto de las particularidades de cada situación y de la subjetividad subyacente en ella.

Consideraciones finales

Finalizando este trabajo y a modo de conclusión de lo anteriormente expuesto, se ha intentado establecer la relación entre un sujeto en condición de migrante y el duelo por la pérdida de un ser querido a la distancia, las vicisitudes que se dan cuando ambas circunstancias coinciden en la línea de tiempo.

En el primer capítulo en una línea psicoanalítica se delimito el concepto de duelo, siguiendo el postulado de Freud quien nos ofrece un eje conceptual. La visión de Freud en *Duelo y melancolía (1915/2013)* describe al duelo desde una perspectiva fenomenológica

que ha sido de gran utilidad para el psicoanálisis y que aún hoy mantiene su vigencia. Para el autor el duelo surge como reacción ante la pérdida de un objeto amado, el cual podrá ser sustituido por otro objeto mediante el trabajo de duelo y de esta manera poner fin al proceso.

J. Allouch (1995) un autor contemporáneo por su parte realiza una crítica a la forma en que Freud conceptualiza el duelo, haciendo énfasis en la forma en que éste basa su postulado en el concepto de trabajo de duelo y cuya finalidad es la de sustituir el objeto perdido por un objeto sustitutivo. Allouch (1995) por su parte privilegia la noción de traumatismo en lugar de la noción de trabajo, y afirma que no es posible sustituir un objeto perdido por otro, dado que si algo se ha perdido para siempre esa circunstancia es irreversible y por ende el objeto irremplazable, para el autor ese algo que se ha perdido tiene más que ver con la parte nuestra que se ha perdido al resignar el objeto.

Por otro lado, Tizón (2009) también autor contemporáneo, ofrece otra perspectiva donde da cuenta de la importancia que ha adquirido con el tiempo la necesidad de ampliar la visión que se tiene del duelo en la que tiende a poner el énfasis en los aspectos psicológico y emocional casi exclusivamente. El autor sostiene que para poder teorizar e investigar sobre el duelo y sus procesos es necesario hacerlo desde una visión biopsicosocial del mismo, donde se deben tener en cuenta todas las áreas que constituyen la realidad del sujeto. Tizón (2009) afirma que es esencial la separación de los conceptos duelo, procesos de duelo y elaboración de duelo para poder comprenderlos mejor y agrega que el duelo no solo es una experiencia individual que dependa de las experiencias subjetivas que cada sujeto tenga con respecto al mismo sino que es ante y sobre todo una realidad colectiva, social y cultural que estará determinada por las reglas, rituales y costumbres de cada grupo humano, de cada sociedad, de cada cultura en particular y de la concepción que tenga esta sobre la muerte y sus formas de legitimarla. Es aquí donde cobra mayor sentido la dimensión social del duelo, que si bien es cierto que se vive en mayor medida a nivel individual comporta inexorablemente una experiencia a nivel colectivo

En el segundo capítulo y relativo a esto último, se da una perspectiva socio histórica y cultural de la muerte y el duelo siguiendo el trabajo de P. Aries () donde el autor en su obra "La muerte en Occidente (2007) recoge el imaginario sobre la muerte y de cómo se ha ido modificando el concepto de la misma a lo largo de la historia. El autor habla sobre cómo se ha pasado de naturalizar y aceptar la muerte siglos atrás, a la actualidad donde está rechazada, negada, donde se busca por todos los medios posibles burlar a la muerte combatiendo los síntomas de envejecimiento. Con la autora María Elena Emilguer (2016) revisamos la dimensión íntima, pública y privada de los duelos.

A continuación, se intenta establecer la relevancia que adquieren los rituales funerarios en el proceso psíquico del duelo por la pérdida de un ser querido. El psicoanalista Walter Cortazzo (2003) en su artículo Los tiempos del duelo en el contexto de la muerte pornográfica, sostiene que la forma en que Freud plantea el duelo presenta un punto problemático, ya que éste lo ubica como un acto privado sin tener en consideración la función del público y de la comunidad en los ritos necesarios para este proceso y en este punto hace referencia a Lacan quien en el *Seminario 6, El deseo y su interpretación*, valiéndose de Hamlet el personaje de la obra de Shakespeare, en primer lugar destaca la importancia de los ritos a la hora de llevar adelante el trabajo de duelo y apoyado en la trama de la obra ejemplificara lo que sucede si faltan o se acortan los ritos funerarios.

En el capítulo tres de esta monografía se hace referencia a los duelos migratorios desde el trabajo del Dr. en psiquiatría Joseba Achotegui en su libro Síndrome de Ulises donde trata específicamente lo que él denomina los duelos migratorios. Achotegui (2002) sostiene que el duelo migratorio tiene componentes específicos que lo diferencian de otros duelos y agrega que el duelo migratorio es un duelo parcial, recurrente y múltiple. El autor va a enumerar una serie de características que desde su perspectiva conforman el duelo migratorio.

Seguidamente se delimito el concepto de trauma. El psicoanálisis traslada al plano psíquico el significado inherente al término trauma: algo del orden de lo inesperado, choque violento y consecuencias sobre la personalidad. El concepto de trauma atraviesa casi toda la obra de Freud y está presente desde sus inicios, si bien no siempre fue utilizado de la misma forma ni con el mismo significado, se debe destacar su permanencia a lo largo de la misma. La idea de una experiencia traumática inaugural está en el desarrollo de toda la teoría freudiana.

Para intentar dar respuesta a una de las preguntas que surgen al realizar este trabajo donde se plantea la posibilidad de darle a la migración el tratamiento proceso traumático, se hizo referencia al trabajo de León y Rebeca Grinberg (1982) en *Psicoanálisis de la migración y del exilio*, con respecto a la migración enmarcado en la década del 80, haciendo énfasis en las características del exilio, algo que es importante remarcar ya que esta monografía está basada específicamente en migraciones voluntarias sin características complicadas.

La elaboración teórica del trabajo de los autores se basa en estudios que ellos mismos realizaron en consulta privada y también hospitalaria de las vivencias transmitidas por una numerosa cantidad de personas que llevaron a cabo procesos migratorios

Se toman los aportes de Moty Benyakar (2012) con respecto a la temática, El psicoanalista, psicólogo y médico psiquiatra Moty Benyakar es un gran estudioso de lo

traumático y sus vicisitudes en la clínica. El autor se cuestiona si lo traumático es el fenómeno en sí mismo o la forma en que cada individuo lo experimenta. Es interesante la forma en que Benyakar propone utilizar el término disruptivo en lugar de traumático, habilitando así la posibilidad de la diferenciación evitando caer en la generalización a la hora de asumir el carácter traumático de un evento en forma errónea, agrega el autor que si se piensa en un evento como disruptivo el énfasis recae en el impacto que el mismo tiene para un sujeto de forma particular.

Para finalizar este trabajo se articulan los conceptos de duelo y trauma ya que las teorías del duelo y del trauma se conectan, la hipótesis del duelo es coherente con la traumática, ya que se trata de procesos de ligadura y desligadura que se realizan en el psiquismo luego de enfrentarse al impacto y a la pérdida.

Los procesos migratorios son tan antiguos como la historia de la humanidad. Sus implicaciones son variadas, culturales, históricas, sociológicas, económicas y hasta religiosas. El proceso migratorio puede ser consecuencia o causa de una crisis, puede resultar beneficioso o por el contrario catastrófico, lo que sí es seguro es que siempre es un proceso movilizador, desorganizador y sobre todo subjetivo. Toda experiencia migratoria es definida como un proceso de desarraigo que implica una discontinuidad en la vida de persona, implica crisis dolorosas donde sus efectos pueden ser profundos, duraderos y extenderse a lo largo de la vida del sujeto que las padece. Si bien cada experiencia migratoria se inserta en una historia individual y familiar que precede al individuo o a la familia que la realiza, luego se desarrolla siguiendo las vicisitudes particulares de cada sujeto.

Como todo proceso de duelo, el de la emigración se inicia con el sentimiento de la pérdida de lo conocido y termina cuando se reintroyecta lo bueno de lo perdido y la valoración de la nueva cultura, por lo tanto, al hablar de migración estamos hablando de pérdidas y como evento desencadenante este fenómeno tiene como reacción natural el duelo.

Entender al duelo como fenómeno social y cultural supone reconocer que no se trata de un acontecimiento puramente individual y subjetivo, sino que se encuentra enmarcado en un determinado contexto socio-histórico, cultural, antropológico e incluso económico. Características que lo configuran y juegan un papel en las formas de simbolizar, vivenciar y tramitar las pérdidas y sus duelos: los diferentes lutos, ritos, significados, sentidos y fantasías que generan. Explorando cuáles son las características que conforman la actualidad, como tiempo y espacio determinado, cuáles de sus particularidades influyen sobre los distintos *modus operandis* colectivos, propios de un imaginario social que conforman unas determinadas pautas para que a nivel subjetivo se tolere y soporte la pérdida.

En el presente trabajo se ha intentado reflexionar acerca de interrogantes que surgen al abordar este tema. Considerar la posibilidad de que los duelos que estaban en proceso queden detenidos por este nuevo suceso que toma relevancia y que también implica un duelo, o quizás pensar si para amortiguar el impacto psíquico de este duelo por la pérdida de un ser querido quede amalgamado con las otras pérdidas que el sujeto está vivenciando para así poder defenderse de tanta agresión; otra posibilidad es que el duelo se vuelva patológico o quede congelado. Ciertamente es que la forma que adopte siempre estará determinada por los recursos con los que cuente cada sujeto y lo que pueda hacer con ellos ante tales acontecimientos.

Es interesante reflexionar por un lado sobre cuáles serían los aspectos más destacables que podrían hacer que la pérdida de un ser querido a la distancia se torne aún más difícil de aceptar que en circunstancias habituales y por otro el impacto que este evento puede tener en el proceso de migración que se está llevando adelante teniendo en cuenta las particularidades de cada caso como son el tiempo transcurrido desde que comenzó ese proceso migratorio y el tipo de vínculo con el muerto, ya que quizás la persona que ha migrado había ya efectuado una separación exitosa de su objeto de amor antes de migrar.

Para concluir, estos cuestionamientos tienen como pretensión ser de utilidad en posteriores teorizaciones que profundicen sobre el abordaje clínico de los duelos por la pérdida de un ser querido cuando se está en situación de migrante, a la distancia, teniendo en cuenta las vicisitudes que el mismo puede adoptar dadas las circunstancias y por las características tan particulares que comporta.

Referencias bibliográficas

Achotegui, J. (2012). Emigrar en situaciones extremas. Síndrome de Ulises. *Revista de*

Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*. Buenos Aires. Ediciones Literales.

Vivó, Ana. (2019). *El concepto de trauma. Del campo psicoanalítico a la semántica histórica*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación Valencia.

Aries, Philippe. (2007). *Morir en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días*. 1ª ed. 1ª reimp. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Benyakar, M. (2016) *Lo disruptivo y lo traumático*. Recuperado de: San Luis: Nueva Editorial Universitaria. - U.N.S.L., 2016. Libro digital, PDF. Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-733-054-0

Benyakar, M. (2007) [Imago Agenda N° 113.\(2007\). Lo traumático, lo ominoso y el trabajo del duelo.](#) Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/229810483/Clinica-Del-Duelo>.

Bruner, Norma, Epstein, Jaime, López, Lucila y Peltrin, Julia Trinidad (2016). *La noción de trauma en la obra de Freud y Lacan: algunas relaciones posibles con el juego infantil y la formación psíquica de la memoria*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Dirección estable: <https://www.academica.org/000-044/670>

Cortazzo, W. (2020) Los tiempos del duelo en el contexto de la muerte pornográfica. *Revista digital Acheronta*. N19. ISSN 0329-9147. Recuperado de: <https://www.acheronta.org/acheronta19/cortazzo.htm>.

De Cristófolo, C.; Fernández Raone, M.; López Bonanni, A.; Morresi, C. (2011). La vigencia del trauma en la obra freudiana. 3er Congreso Internacional de Investigación, 15 al 17 de noviembre de 2011, La Plata. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1508/ev.1508.pdf

- Díaz, C. Lucia. (2014) *Imaginario, Simbólico, Real. Aporte de Lacan al psicoanálisis*. Editorial, Universidad Nacional de Colombia. ISBN: 9789587619935. Formato Libro.
- Emilger, M. (2016) *Duelo Intimo, privado, publico*. California, Editorial Argus-a. ISBN 978-1-944508-02-9.
- Freud, S. (2013). *Más allá del principio del placer*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud*. (Vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013). *De guerra y muerte*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud*. (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013) *Duelo y melancolía*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen XIV, pp 237-255...) Buenos Aires: Amorrortu (trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2013). *Prólogo y notas de la traducción de J.-M. Charcot, Leçons du mardi de la Salpêtrière (1887-88) (1892-94)*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen I, pp 171.) Buenos Aires: Amorrortu (trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2013) *Introducción al narcicismo*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen XIV, pp 71-98) Buenos Aires: Amorrortu (trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (2013) *La identificación*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen XVIII, pp 99-104) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013) *Sugestión y libido*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen XVIII, pp 84-88) Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2017) *Tres ensayos de teoría sexual*. En J.L Etcheverry (trad) *Obras Completas Sigmund Freud* (volumen XVII, pp 198-199) Buenos Aires: Amorrortu.

Grinberg L (1978) *Teoría de la identificación*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Grinberg L. y Grinberg R. (1982) *Psicoanálisis de la Migración y del exilio*. Madrid. Alianza Editorial.

Homero. (2015) *La Ilíada y La Odisea*. Editorial: [FV Éditions](#). ISBN: 9782366685879
Formato: Libro

Laplanche, J. y Pontalis, J. (1994). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, Editorial Labor.

Klein, M. (1940) El duelo y su relación con los estados maníacos depresivos. En: *Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires: Editorial Paidós Ibérica 2008.

Lacan, J. (1958-1959) "*Seminario 6: El deseo y su interpretación*". Buenos Aires. Editorial Paidós 2017.

Tizón. J (2009) *Perdida, pena y duelo: Vivencia, investigación y asistencia*. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica.